

10. Martony

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — N° 360.

Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

SUMARIO.

Inauguracion de la estatua de Nuestra Señora de Doms en Aviñon; grabado. — Si yo tuviera cien millones. — Revista de Paris. — La isla de Massuah; grabados. — Nuevas noticias sobre Schamyl; grabados. — Teresa Hermann. — Recuerdos de la guerra de Italia. Los zuavos en el combate de Palestro; grabado. — Recuerdos de la guerra de Italia. Ataque del puente del canal en el combate de Palestro; grabado. — Anales de los artistas españoles. — El pez con alas. — Fabulillas y epigramas. — Recuerdos de Taiti; grabados. — Caja de ahorros de Paris. — El ramo de violetas. — Boletín científico. — Incendio del palacio del Luxemburgo; grabados.

Inauguracion

DE LA ESTATUA DE NUESTRA SEÑORA DE DOMS EN AVIÑON.

El 24 de octubre último se celebró en Aviñon una gran solemnidad religiosa; aquel día se inauguraba en la torre de la metrópoli de esa ciudad la imagen de Nuestra Señora de Doms.

Una procesion compuesta del clero de Aviñon y de las cercanias, de las cotradias de la ciudad, de penitentes forasteros, señoras religiosas enclaustradas y un inmenso concurso de fieles de todas las clases de la sociedad, desfiló por las calles adornadas con colgaduras y

alfombradas de flores. Entre las corporaciones religiosas y monásticas representadas en aquel magnífico cortejo, distinguianse los bernardinios de Senanque, con sus hábitos blancos; los recoletos, los dominicanos, los jesuitas, etc. Dos arzobispos y cinco obispos, con sus hábitos pontificales, precedidos de levitas con el báculo pastoral, seguian la procesion; estos venerables prelados eran los arzobispos de Aviñon y de Aix, los obispos de Viviers, de Valence, de Gap, de Digue y de Montpellier, Cerraban la marcha las autoridades judicial, civil y militar del departamento y de la ciudad.

La procesion, despues de haber seguido la carrera, volvió enfrente de la metrópoli, sobre cuya torre se eleva la estatua de la Santísima Virgen. El cortejo se



INAUGURACION DE LA ESTATUA DE NUESTRA SEÑORA DE DOMS EN LA TORRE DE LA METROPOLI DE AVIÑON.

formó en la vasta plaza del palacio de los Papas, y las autoridades se instalaron en una tribuna elegantemente adornada. Los siete prelados subieron á una plataforma construida al pié del calvario de Doms, y extendieron las manos sobre la muchedumbre prosternada. El efecto de esta imponente ceremonia fué grandioso.

F.

Si yo tuviera cien millones...

PROSPECTO.

I.

¡Ay! Hace muy cerca de veinte y siete años, que ando calle abajo y calle arriba por este valle de lágrimas que llamamos tierra, buscando, como si se me hubiese perdido antes de nacer, cinco millones de duros del reinado de Fernando VII, y sea cien millones de reales.

Creo inútil decir que todavía no los he encontrado, ni (lo que es peor) se me alcanza la manera de dar con ellos. Yo no espero grandes herencias; yo he perdido siempre que he jugado; yo no sirvo para el comercio ni para los negocios; yo no creo en que el metal sale de las minas; acabáronse los tiempos de los grandes piratas, profesion que me hubiera convenido; yo no trato de ser ministro de la corona, ni caso que lo fuera, me agradaría estafar á mi país; yo en fin, no tengo paciencia para buscar tesoros; con que ved ahí cómo es que no abrigo ni la mas remota esperanza de poseer los dichos cien millones.

No ocultaré, sin embargo, que muchas veces me han pasado por la imaginación y dádome que pensar dos ideas ó proyectos que pudieran proporcionarme aquella cantidad; pero proyectos ó ideas que examinados despues, á mi mismo me hacen reír dándome la muestra de mi nulidad para el cálculo y las especulaciones.

La primera idea consiste en dirigirme á uno de esos banqueros ingleses que poseen seis ó siete mil millones, y decirle estas ó semejantes palabras:

— «Señor: vos tenéis setenta años de edad y una fortuna inmensa: carecéis de hijos que os hereden y de tiempo y ocasion en que gozar de todos vuestros tesoros. Desprendiéndos de cien millones de reales, quedáis aun tan poderosamente rico, que no echaréis de ver en nada la brecha que habeis abierto en la muralla de oro que os protege contra todo género de necesidades; podéis seguir con el mismo palacio, con los mismos trenes, con la misma servidumbre, con la misma mesa, con la misma magnificencia en todo; nada perderéis, absolutamente nada; pues la brecha se cerrará por sí sola, como se cierran las aguas del mar cuando sacamos de ella una ó veinte toneladas. En cambio, dándome esos cien millones, ganareis muchas cosas que hoy no poseéis, muchos placeres que nunca habeis sentido, una gerarquía á que no habeis llegado, y aquella paz del alma que le falta á vuestra vida. Ganareis respeto entre los buenos, cariño verdadero y gratitud profunda en mi corazon, títulos ante la Providencia divina; tendréis en mí un hijo, y una familia en la mía, familia é hijo sumamente respetuosos y amantes, y además muy desinteresados, que no se alegrarán de vuestra muerte, si no que la llorarán de veras, puesto que habiéndos heredado de antemano, ningún legado esperarán ya en vuestro testamento. Vivireis oyendo nuestras bendiciones; morireis acompañado de nuestro amor; mis hijos y los hijos de mis hijos adornarán de flores vuestra sepultura como la del bienhechor de mi raza; tendréis defensores en este mundo, gente que ruegue é interceda por vos en el otro; y todo esto, os lo repito, *desinteresadamente*; pues el interés pasado no se llama interés; tiene un nombre mas bello y santo; se llama gratitud; é interés futuro, ninguno, absolutamente ninguno, nos llevaremos respecto de vos, puesto que os juro por la salvacion de mi alma que si me diérais esos cien millones, nunca, jamás volveria á pedir nada ni admitiria recompensa alguna por los obsequios, por las atenciones, por los cuidados que os dispensariamos eternamente. Ahora bien; — y prescindiendo de vos; — este gran negocio que os propongo, — que sería muy grande aunque no se tratara de mí, que soy bueno; aunque se tratara del mas ingrato de los hombres (pues ningún alma grande cobra la usura de la gratitud por los beneficios que ha hecho); — este gran negocio, repito, adquiriré doble y triple importancia tratándose de una persona como yo. — Yo soy bueno, vuelvo á decir; pero mis bellas dotes no son solo de corazon, son tambien de inteligencia; — y hé aquí porque os aconsejo que una vez convencido de lo mucho que os acomoda desprenderos de cien millones, me deis á mí la preferencia sobre cualquier otro de los muchos necesitados que conoceréis, y aun quizás estimareis. Si, señor; yo brillo por las grandes cualidades de inteligencia para gastar dinero, para hacerlo lucir, para estirar una honra, como suele decirse, para darle un digno empleo. Yo tengo la pretension de conocer perfectamente la vida y las cosas de la vida, los placeres legítimos y los falsos, los buenos y los malos negocios, los bienes positivos y los ilusorios, los inconvenientes de ciertas alegrías y las ventajas de ciertos dolores; sé donde está la verdadera miseria, cuáles son las mejores fondas, qué sastre es el mas hábil, qué mujeres las mas encantadoras, qué muebles los mas cómodos, qué clase de vida la mas provechosa para el cuerpo y para el alma. Yo tengo hecho, en fin, el presupuesto de gastos; solo me falta el de ingresos: yo tengo estudiadas á las mil maravi-

llas todas mis necesidades: solo me falta el dinero para satisfacerlas.

No sería yo ciertamente uno de esos hombres á quienes de maldita la cosa que les sirve su fortuna. No sería yo ese becerro de oro que protege el mal gusto, que levanta edificios abigarrados, que afea y vulgariza cuanto toca; no sería yo el mayorazgo calavera que gasta su patrimonio en proteger el vicio, en fomentar el mal; no sería yo el desgraciado minero que vive en perpetuo ridiculo, haciendo el oso, pagando comilonas á veinte necios ó á veinte vagos que se rien de él y viven á sus expensas; no sería yo el vil avaro que pasa la vida contando su dinero, lleno de privaciones y de zozobras, para que mañana la portera de su casa se lo encuentre muerto en un miserable catre de tijera y cargue con las onzas de oro que él ha limpiado y colocado en simétricas pilas; no sería yo el desatentado jugador, ni el insensato domador de bailarinas, ni el necio especulador, que pudiendo llevar una vida regalada, lleva una vida de perros con tal de doblar un capital, que una vez doble, no puede retribuirle los afanes, y sobre todo el tiempo que le ha costado.... ¡Oh! no; yo no sería nada de esto: yo gastaría mi dinero como filósofo, como artista, como cristiano: procuraría ante todo estar en paz con mi alma, y que mi alma estuviera tambien en paz con Dios: protegería el mérito; premiaria la virtud; socorrería la miseria; fomentaría el arte; cada onza mia dejaría un rastro luminoso en la historia de la humanidad. ¡Cuántas grandes obras se verificarían bajo mis auspicios! ¡Qué preciosidades artísticas adornarían mi casa! Nada de oro ni de brillantes: inteligencia y uadera, arte y gloria, sencillez y gusto; hé aquí mi divisa. Nada, nada gastaría inútilmente. La fachada de mi casa sería un monumento públco, un recreo para todos, una página para la civilización, un adelanto para el arte. ¡Y qué de familias haría yo felices! ¡qué de genios ignorados sacaría yo á luz!... ¡yo que conozco tantos que solo necesitan veinte duros para brillar!... ¡qué viajes tan útiles y tan aprovechados haría yo! ¡cómo emplearía en el bien la influencia que mis cien millones me darían cerca del gobierno! ¡Qué periódico tan independiente fundaría, que dijese la verdad al público! ¡Qué conciertos se darían en mi casa! ¡Cuántas feás me deberian su dote, su casamiento y su felicidad! ¡Qué comidas, qué reuniones literarias, qué certámenes, qué torneos, qué de maravillas habria en mi casa! — ¡Oh, señor inglés! ¡Oh, señor banquero! os veo conmovido, — continuaria yo; — la verdad de mis palabras ha lueido ante vuestros ojos: vos mismo no habeis podido menos de asombraros al pensar en el ruido, en la gloria, en el provecho que podrian dar al mundo esos cien millones que duermen en vuestra arca inútiles, empolvados, mudos, envilecidos en un ocio abominable! Vos mismo os habeis espantado del inmenso poder que adquiere el dinero en unas manos como las mías; vos acabais de recordar aquella gran frase de un filósofo que dice: *la prueba del poco aprecio que da Dios al dinero está en la clase de gente á quien se lo otorga á manos llenas*; vos, en fin, sentís ya remordimiento de haber sido tan estérilmente rico, de no haberme conocido antes, de no haber adivinado mi existencia, de no haberme dado esos cien millones no bien puse los piés en vuestra casa.»

Hasta aquí mi primera idea.

Creo que es magnífica, lector; yo á lo menos, os juro que si me viera en el caso del inglés que he descrito; si yo fuera ese inglés, y se me presentase un jóven como yo, y me dirigiese una arenga semejante á la que acabais de oír, le entregaria sin vacilar los cien millones... ¡Se los entregaria, sí; lo juro por todo lo mas sagrado!

Pues bien, yo he consultado esa idea con hombres de mucho mundo y de grandísima experiencia, y todos me han aconsejado que no vaya á Londres, pues perderia el dinero del viaje. — Es decir, que mis consejos opinan que el inglés no haría caso de mi arenga, tomándose por loco; ¡es decir, — y aquí necesito ya hacer uso de las admiraciones, — que mi colosal idea sería desconocida, burlada y despreciada, como lo fué mucho tiempo la de Colón, como lo fué la de Galileo, como lo es la de Montemayor! ¡Es decir, que el mundo será siempre sordo á la voz del genio, ciego á la luz de la verdad, indiferente á los impulsos de la inspiración! — Tras estas y otras muchas exclamaciones, tuve por conveniente renunciar á mi idea, y dí cabida á esta otra no menos fecunda y original.

II.

— Pepe (dije un día á cierto José que tiene mucho talento; pero que necesita otros cien millones de reales); Pepe, ¡Eureka!

— ¿Cómo? ¿Qué has encontrado?

— ¡Los cien millones de reales!

— ¿Son partibles? exclamó Pepe.

— No es necesario, repliqué yo: te regalo otros ciento.

— Esto es serio, repuso Pepe acercando su silla. Explicame tu idea.

— Es una idea de primer orden.

— Pero ¿de qué se trata?

— Atiende y lo sabrás. ¿Cuántos habitantes tendrá la tierra?

— Yo creo que tendrá de novecientos á mil millones.

— Me contento con que tenga ochocientos cincuenta

millones de seres humanos. Yo necesito buscar el modo de que cada uno de ellos me dé un cuarto. Conseguido esto, héme ya poseedor de cien millones de reales.

— Exactamente, respondió mi amigo.

— Nadie me llamará ambicioso. No hay pobre tan pobre que no tire diariamente un cuarto, ni hay padre que no le dé por su niño recién nacido si se trata de adquirir alguna cosa muy precisa. Ahora bien, para que esta cosa muy precisa, vendida á cuarto, me deje un cuarto de ganancia, yo necesito: 1º que no me cueste nada; 2º poder llevarla á todos los puntos de la tierra sin gastos de conduccion y de trasportes; y 3º, cobrar todos y cada uno de esos cuartos sin descuento alguno por razon de giro. Por consiguiente, mi mercancía no debe de ser física, debe de ser moral. — Siendo moral, no me cuesta nada el adquirirla, ni el trasportarla, y logro al mismo tiempo simplificar la cobranza de tal manera, que con hacer cuatro grandes viajes, cosa que deseo muchísimo, á las cuatro partes del mundo que aun no conozco, habré cobrado los cien millones. Me explicaré.

Supongamos que yo digo á la humanidad: — Señores, yo soy adivino. Yo sé el día en que va á acabarse el mundo, y la prueba de que lo sé es esta y esta y esta... Sin embargo, yo no se lo diré á nadie, á menos que cada habitante de la tierra me pague cuatro maravéis anticipados. ¿Quién por un cuarto no desea saber el día del juicio? — Pues bien: ustedes, europeos, mandareis ese cuarto á Madrid, calle de tal, número tantos; para lo cual podreis reuniros por pueblos, enviar vuestro contingente á las capitales de provincia, las capitales de provincia á las metrópolis, y las metrópolis á mi casa: ó bien podrá partir la iniciativa de los gobiernos, adelantándose cada uno la cantidad que corresponda á su nacion, con arreglo á los habitantes que cuente, y recargándose la luego en contribucion ó inventando un arbitrio nuevo sobre cualquier operacion inocente é imprescindible de la vida. Vosotros, africanos, hareis lo mismo en Argel; vosotros, asiáticos, podreis reunir vuestra cuota en Bombay; vosotros, americanos, en la Habana, y vosotros, habitantes de la Oceanía, jirad sobre Manila, que á lo menos es colonia española. — Esto diria yo á los habitantes de la tierra. Con el contingente de Europa, que segun te he indicado, lo cobraría en mi casa, podía emprender el viaje á Cuba, á Filipinas, á la Argelia y á la India, y al cabo de un par de años me encontraba poseedor de toda mi fortuna y autor de un viaje de circunvalacion. Entonces, ó se les habria olvidado ya á todos que me habian dado la despreciable cantidad de un cuarto, ó decir yo para cumplir: «El mundo se acaba dentro de dos siglos.» ¡Y que fueran á buscarme al terminar este plazo! — Queda pues reducida la dificultad á probar y hacer creer que soy adivino.

— Eso es fácil, murmuró Pepe con acento filosófico.

— Y tan fácil, repliqué yo.

— La dificultad, prosiguió mi amigo aun mas filosóficamente, la dificultad consiste en otras muchas cosas.

— ¿En qué, pues?

— Primeramente, en la concurrencia, ó sea en la competencia. Desde luego que tú echases á volar tu anuncio y tu reclamo, y vieses tus prójimos que el negocio prometia, en cada ciudad del mundo apareceria un prospecto ofreciendo una edicion económica de tu noticia; es decir, que los kurdos, los mongoles, los japoneses, los hotentotes, los franceses, los italianos, todos y cada uno de los pueblos á quienes pidieras el cuarto, darian de sí un industrial que prometeria todas tus ventajas por solo un *ochavo*, ó sea con la rebaja de un cincuenta por ciento. En segundo lugar, muchos pueblos de la tierra no tienen todavía moneda. En tercer lugar, carecen de periódicos y demas medios de publicidad, de modo que tu proyecto tardaria cuarenta ó cincuenta años en llegar á conocimiento de todos los hombres. En cuarto lugar, para entenderte con el género humano entero, necesitarías poseer todos los idiomas del mundo, ó buscar personas que los poseyeran, lo cual es prácticamente imposible. En quinto lugar, como tú no tendrías medios de declarar la guerra á la nacion que te estafase, resultaria que muchos gobiernos, sobre todo en los pueblos incultos, harian la cobranza y se comerian tu sangre, como el otro que dice. En sexto lugar...

— No te canses, Pepe, interrumpí yo: estoy convencido. Ni el hombre ni la humanidad me dará los cien millones. El hombre, ó sea el inglés, será sordo á mis argumentos. ¡La humanidad hostil á mis intereses! ¡Oh! ¿Dónde está la familia humana? Si todos los pueblos de la tierra hablasen la misma lengua y tuviesen tratados aduaneros mancomunés, ó lo que es mejor, no tuviesen aduanas; si en todas partes fuesen iguales los pesos, las medidas, la moneda, las costumbres, la clase de gobierno, las modas y las creencias, ¡qué especulaciones tan grandes, qué negocios tan gigantescos podrian hacerse! ¡Desde luego yo les sacaría sin sentir á los hijos de Adán esos cien millones de reales!

III.

Tales han sido los dos únicos medios que se me han ocurrido en toda mi vida para lograr la susodicha cantidad. Ambos han sido declarados inútiles por personas competentes, y hé aquí que hace mucho tiempo desesperé yo de salir adelante con mi gusto.

Sin embargo, como el que no se contenta es porque no quiere, heme dedicado últimamente á hacer castillos en el aire como los muchachos de trece años y á

dar por supuesto que tengo los cien millones, y á pensar durante muchas horas seguidas en las cosas que yo haría si yo tuviese cien millones.

A este fin me acuesto al ponerse el sol, apago mi lámpara, meto la cabeza entre las almohadas, y me estoy así hasta las altas horas de la noche, hasta las dos ó las tres de la madrugada, que es la hora á que siempre me he dormido. Todo este tiempo, que equivale á la mitad de mi vida, lo paso disfrutando con la imaginación todos los placeres de la riqueza. Nada falta á mi ilusión. Yo toco el oro; yo veo los billetes de Banco; yo pongo letras sobre las primeras casas de Europa; yo recorro mis fincas; yo faso mis alhajas; yo soy rico en fin; yo pienso en lo que piensan los mas opulentos; yo duermo poco como á ellos les acontece.

Si yo tuviera cien millones... me digo cien veces cada velada; si yo tuviera cien millones, compraria esto, lo otro y lo demás allá; echaria por este camino, evitaria el otro; viviria de esta manera; pensaria en este sentido, etc., etc.

Y es la verdad que durante esta fantasmagoría pasa ante mis ojos la vida entera, formo mil novelas en la imaginación, hago la crítica de todos los afectos, de todas las personas, de todas las virtudes, de todos los vicios; desentraño cuestiones muy profundas de moral, de filosofía especulativa, de arte, de economía política... y todo sin intención de ello, sin sospecharlo, como quien lee libros en un idioma que no comprende.

Quizás algun día escriba yo toda una obra compuesta de muchos volúmenes, con el mismo título de estos artículos, en que refiera todas mis imaginaciones de una de esas noches fantásticas, en que diga lo que yo haria si tuviese cien millones, en que sueñe en voz alta, en que os asome al cosmorama encantado de mis ambiciosos pensamientos.

Desde ahora para entonces, salud y acostarse temprano.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

Revista de Paris.

La corte sigue en Compiègne, y Paris espera el primer baile de Tullerías para la inauguración de los grandes bailes en los salones. Entre tanto se dan ya soirées, á las que van acudiendo los que llegan de los viajes y del campo. Se habla de una innovación que estaria muy en el gusto de la sociedad parisiense. Se dice que en cada casa habrá dos reuniones, una de caballeros y otra de señoras. Parece que en varios palacios campestres se ha recurrido á este ingenioso expediente, que ofrece una diversidad adecuada á los gustos de la concurrencia; cada salon tiene su carácter y su fisonomía particular; aquí se habla de caballos, de caza, de aventuras, de ganancias ó de pérdidas en el juego, y á veces se entabla una conversación política, impregnada de ese espíritu burlesco y desdeñoso que está muy á la moda para juzgar los hombres y las cosas de la época; por último, se juega y se juega mucho.

En el otro salon se habla de arte, de poesía y de teatros, de modas, de viajes, de publicaciones nuevas, se baila y se canta; las señoras se presentan muy engalanadas y en su derredor están los mozalvetes que aun no conocen las peripecias de las carreras de caballos, de la Bolsa y del juego.

Veremos si la idea tiene la aceptación que se prometen sus propagadores.

Sobre las primeras fiestas de Compiègne vamos á trasladar á continuación algunas noticias que tomamos de correspondencias de la corte insertas en los periódicos parisienses:

El 4 tuvo efecto en el bosque la primera gran cacería, dirigida por el príncipe de la Moskowa, primer montero de Su Majestad. El punto de reunión era el «Pozo del Rey.» La salida de palacio tuvo lugar á la una: el emperador no asistió á esta diversion. La emperatriz en carretela descubierta y en traje ordinario acompañó á los invitados por la corte hasta el punto de reunión.

Entre ellos figuraban el príncipe y la princesa Murat, la princesa Ana Murat, el príncipe y la princesa Luciano Murat, el duque y la duquesa de Alba, M. Fould y su señora, el duque y la duquesa de Malakoff, S. E. M. Billault, ministro del Interior, M. Rouher y su señora, el baron Clary, Viollet-Leduc, el conde de Galve, el mariscal Magnan, S. E. M. Baroché, el baron Morio de Pisle, el almirante Hamelin, su señora y su hijo, el conde y la condesa de Castelbajac, M. de Behague, el marqués y la marquesa de Lagrange, el general Rollin, el general de la Moskowa, el conde Baciocchi, el conde Lepic, M. de Toulangeon, M. de Latour-Maubourg, M. de Laage, el conde de Aguas Vivas, el conde de Marnesia, el general Ladmirault, M. Pietri, M. Verly, el coronel Reille, M. de Sauley y su señora, la condesa de la Poeze, el duque y la duquesa de Cambaceres, M. Corvisart, etc., etc.

Todos los hombres vestían traje ordinario de caza, levita verde con galones de oro y plata, calzon blanco, botas de montar, cinturón de oro y plata con cuchillo de monte y sombrero á la Luis XV con galones. Las señoras llevaban traje de lana (la seda se halla prohibida en Compiègne por orden de la emperatriz), excepto la jóven princesa Murat que vestía traje de caza, y Mme de Chassiron que vestía de amazona.

A pesar de la lluvia que á intervalos molestaba á los cazadores, la cacería ha sido magnífica y ha durado hora y media: cerca de la encrucijada Pannelier fué muerto un ciervo hermoso de diez candiles.

Luego que fué recogido el ciervo, S. M. la emperatriz regresó á palacio acompañándola todas las señoras. Eran las dos y media.

Por la noche á las nueve se hizo la ralea del ciervo en el gran patio del palacio. Abriéronse las verjas para dar entrada

al pueblo que se precipitó en tropel. SS. MM. no asistían á este acto. Dió la señal el primer montero, y segun costumbre se hizo la ralea á la luz de las hachas de viento y al son de las trompas de caza.

El 5 á las diez y media y en los sitios reservados tuvo lugar otra caza, á la que asistían los príncipes Murat, el duque de Alba, el príncipe de la Moskowa, el conde de Galve, hermano del duque de Alba, el marqués de Toulangeon y algunos otros convidados. Se mataron ciento cincuenta piezas de caza menor.

El príncipe Luciano Bonaparte mató un magnífico zorro. El objeto de esta primera cacería se concretaba á probar una carabina de un nuevo sistema, inventada por M. Caron, armero del emperador. Esta carabina se carga por la culata por un método enteramente nuevo y muy sencillo. La culata está montada de modo que se dobla sobre el cañon, siendo de esta suerte mas portátil, á mas de que ofrece todas las garantías posibles de precision en el tiro y de seguridad personal.

El príncipe Murat, los príncipes de la Moskowa, el duque de Alba, el conde de Galve y el marqués de Toulangeon hicieron sucesivamente uso de esta carabina, quedando muy satisfechos de ella. La cacería duró hasta las cuatro.

Al anohecer hubo funcion de teatro en la corte, á la que asistieron todos los convidados de palacio.

Tambien se habian dirigido muchas esquelas de convite á las autoridades de la poblacion, á los empleados y otras personas notables. La reunion era numerosa y brillante.

Pusiéronse en escena las dos producciones *Libro III* y *El testamento de César Girodot*, del repertorio del Odeon, y fueron desempeñadas por los actores de este teatro.

A las nueve SS. MM. entraron en la sala del teatro, y fueron saludadas con gritos de ¡viva el emperador, viva la emperatriz, viva el príncipe imperial!

En el palco del emperador tomaron asiento, además de la servidumbre de honor, SS. AA. el príncipe y la princesa Murat, los duques de Alba, los duques de Malakoff, y SS. EE. los ministros de Estado, Marina é Instrucción pública. SS. MM. se retiraron del teatro á las once y media, y fueron saludadas de igual modo que á su llegada.

Al día siguiente á la una salieron en un tren especial las sesenta personas de la primera série, que fueron invitadas para ir al palacio de Compiègne. Los convidados que forman la segunda série llegarán el lunes por la mañana. Durante su permanencia en Compiègne, el emperador debe hacer varias excursiones importantes á las fábricas de Beauvais, á Coucy-le-Chateau, á Pierrefonds, donde se han hecho grandes obras de reparacion por orden de S. M., y á Champhen donde se han hecho excavaciones de grande interés arqueológico.

En la última semana se ha celebrado en Santo Tomás de Aquino un casamiento modesto, pero interesante por las particularidades que le han precedido.

Hé aquí lo que hemos oido.

Un rico armador francés iba todos los años á pasar seis meses á la América del Sur, dejando á su anciana madre sumergida en el dolor mas profundo.

— Teniendo corresponsales en todas partes, le decia, ¿por qué te expones así á los peligros de la mar? Cuantas veces leo la relacion de un naufragio, me desespero pensando en tí. Debías casarte.

— No, madre mia; no me caso.

— ¿Y por qué?

— Ya sabes cuáles son mis ideas sobre el matrimonio. Me inspiran horror y nada mas las muñecas á la moda, y no encuentro una mujer á mi gusto.

— ¿Pero cómo la quieres?

— Quiero una mujer humilde, modesta y bondadosa.

— ¿Y te casarás con ella si la encuentras?

— Lo prometo por darte gusto, madre mia.

El jóven armador salió para Rio Janeiro, y durante su ausencia la madre se puso á buscar una mujer como la deseaba su hijo; sin embargo, por mas pasos que daba no pudo descubrir otra cosa que el sempiterno modelo de la jóven educada segun las ideas del siglo, con arreglo á las leyes de la moda.

— Nunca se casará mi hijo con una mujer que no piense mas que en vestidos y en diversiones. ¿Dónde hallaré yo la perla fina entre tantas perlas falsas?

El acaso quiso favorecerla.

Todas las mañanas á eso de las nueve la buena anciana veía pasar por la calle á una jóven alta y rubia acompañada de una señora de cierta edad que parecia ser su madre.

La jóven llevaba un cartapacio de música, y su aire era tan digno y su hermosura tan cabal, que un día no pudo menos de exclamar al verla:

— Hé ahí una mujer que seria buena para mi hijo.

Pasaron cuatro meses. El jóven armador regresó á Paris y preguntó á su madre si habia hallado la novia.

— Puede que sí, respondió la anciana sonriendo. Ven mañana á las nueve.

— Vendré.

— A las nueve en punto, no faltes.

El jóven fué exacto á la cita, y la madre le enseñó la fresca y graciosa criatura que pasaba por la acera.

— ¿Qué te parece?

— Modesta y bonita.

— Lo mismo me parece á mí.

— Pero ¿se sabe quiénes son?

— Lo ignoro, pero lo sabré y muy pronto.

Al otro día la anciana despachó una persona para que siguiera á la hija y á la madre, y por esa persona supo que eran la viuda y la hija de un coronel, que solo las habia dejado una renta muy reducida, y que la jóven tomaba leccion de piano todas las mañanas á fin de tener un oficio y ganarse la vida.

Los informes eran excelentes bajo todos conceptos. La madre habia educado á su hija con las ideas mas religiosas y cristianas, y la habia enseñado la virtud dándole el ejemplo de ella.

La anciana dió parte á su hijo del resultado de sus informaciones, en cuya consecuencia se resolvió que la madre iria á buscar á la viuda del coronel, y que si los dos jóvenes se convenian se haria el matrimonio.

Y así ha sucedido.

La historia es bien sencilla; pero en estos tiempos de egoismo mercantil merece ser citada como una excepcion á la regla.

Hace pocos días ha sido enterrada en el campo santo de Neuilly una señora que ha sido célebre en las tablas, y que en las letras ha conseguido tambien merecidos aplausos.

Nació en el fondo de la Bretaña apenas hace treinta y seis años en el castillo de Pont-Kallet, antigua morada de los duques soberanos del Morbihan.

Su padre, M. Doze, dirigia allí una gran fábrica de cristales.

Cuando cesó en el desempeño de estas funciones, toda la familia vino á Paris, y la jóven Leocadia Doze llegó á esta capital fresca y rosada como la esperanza. Entonces tenia mucha afición á la música, y en 1836 entró en el Conservatorio á tomar lecciones de arpa. Pero su salud se alteró con el estudio, y hubo de renunciar á la música.

Una vez restablecida, Leocadia Doze se cansó muy luego del reposo, y se aficionó á la comedia. Hablaron de ella al inteligente actor Samson, quien la dió sus preciosos consejos.

Por fin se anunció en el Teatro Francés el estreno de Mlle Doze.

Llegada á este primer paso en la carrera, la jóven antes tan confiada en su porvenir, tuvo miedo del público y sobre todo de la crítica, y acompañada de su madre fué á visitar al mas temido de todos los jueces.

J. Janin en presencia de tanta juventud y tanta hermosura empleó los medios mas convenientes para hacer desistir á Leocadia de su empeño de salir á las tablas; la habló de los precipicios, de los escollos, de los odios y las rivalidades que se ocultan bajo los bravos y las coronas de flores.

Pero era una vocacion muy declarada: la jóven no creia en el mal ni en el dolor, y J. Janin acabó por ceder.

Enjugando las lágrimas de la madre y de la hija, las dijo:

— No lloreis; si alguien puede salvarnos todavía es Mlle Mars. Id á su casa, que os vea, que os hable, que sepa lo que podeis hacer, y si es tiempo de salir á las tablas, tened confianza en ella y valor.

Mlle Mars recibió como una madre á la linda criatura que acudia á ponerse bajo su proteccion, y supo hacer de ella una de las mejores actrices de Paris.

Sin su casamiento con el escritor Roger de Beauvoir, que fué muy desgraciado, Mlle Doze habria entrado en el Teatro Francés, donde sin duda habria sucedido á Mlle Mars, á quien se parecia en la voz y en ciertas facultades escénicas.

En 1850 Mlle Doze abandonó el teatro.

Una vez en posesion de su libertad, aprovechó su talento en escribir comedias y novelas con buen éxito.

Compuso cinco ó seis piezas que se representaron en diferentes teatros de Paris; luego publicó una novela titulada: *Sous le masque*, y por último dió á luz en la *Presse* en 1854 las *Confidencias de Mlle Mars*.

Estas Confidencias debian tener un segundo tomo.

— Despues del drama la comedia, dijo ella al terminar su obra.

Pero la muerte no la ha dado tiempo para realizar su propósito.

En esta semana se ha juzgado á Leonie Chereau, la jóven que robó el niño de M. Hua en el jardin de Tullerías el 16 de setiembre último. Nuestros lectores están enterados de todo lo concerniente al hecho; nada nuevo ha revelado la instrucción. De todo ello resulta que Leonie no se habia hecho cargo del delito que cometia; ciega por su pasion al hombre que la habia seducido, imaginó hacerle creer que de sus relaciones habia tenido un hijo, para obligarle á casarse con ella, y eligió en el jardin de Tullerías el que le pareció mas á propósito para sus fines. El jurado la declaró inocente de toda culpa, y fué puesta en libertad al finalizar la vista de la causa.

MARIANO URRABIETA.

La isla de Massuah.

Hallamos la descripción siguiente de esta isla poco conocida en las *Instrucciones náuticas sobre el mar Rojo*, publicadas por M. R. Moresby y T. Elwon.

La isla de Massuah se halla situada á la extremidad de la bahía de Arzeego, á unas 4 millas al Norte de la aldea, y la separa del continente un estrecho canal que ofrece un buen fondeadero. La isla forma casi un paralelogramo de media milla de largo, sobre unos 300 metros, compuesto principalmente de rocas de coral de una altura poco considerable y en estado de descomposicion. Casi la mitad de la isla está ocupada por las cisternas y un campo santo, y en la otra mitad, la mas próxima al continente, está la poblacion formada de una multitud de casas que se extienden hasta la orilla del agua. Los edificios mas considerables son las mezquitas, las casas de los *Doholas* y de los *Banyanes*, y algunos almacenes construidos de roca de coral. Una de las mezquitas tiene dos cúpulas. Tambien hay un bazar de piedra donde se venden dátiles, tabaco, vino, carnero, aves y pescado. Las verduras son escasas.

Completamos estos pormenores con otros mas recientes:

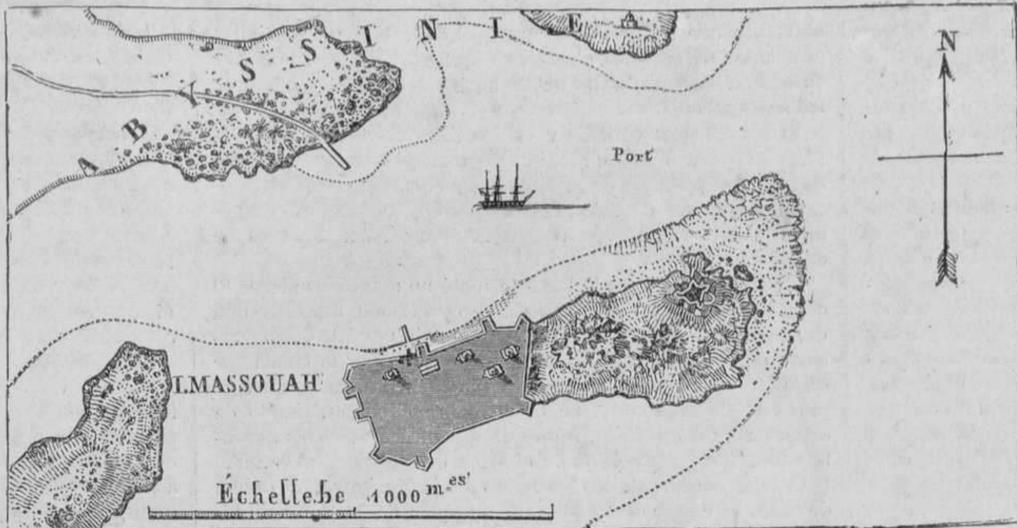
La isla de Massuah, situada en la costa de Abisinia por 37° de longitud Este, y por 15° de latitud N., ha sido cedida últimamente á la Francia. Esta isla tiene 1,000 metros de largo y 400 en su mayor anchura. Está sobre un arrecife mezclado de arena, y forma con los recortes de la costa vecina un puertecillo de abrigo tanto mas precioso cuanto que es cosa rara en el mar Rojo. El fondeadero que se encuentra en el O. S. O. es de fá-

cil acceso; los fondos mas elevados son de 9 á 10 brazas (unos 17 á 19 metros). Hace algunos años fondeó allí la fragata *Jeanne-d'Arc*; igualmente se hallan por lo comun mas de 60 embarcaciones de cabotaje de 60 á 80 toneladas.

Sin embargo, la isla de Massuah tiene un aspecto muy triste. El agua es mala, pero al otro lado de la bahía se encuentran buenas aguadas.

A pesar de su pequeñez y la escasez de recursos que ofrece, está llamada á un papel importante como depósito de carbones para el apostadero naval y los vapores que surcarán por esos sitios despues de abierto el istmo de Suez.

De una defensa fácil, ese punto



MAPA DE LA ISLA DE MASSUAH.

tendria, en caso de un conflicto marítimo, mayor importancia que la isla de Perim.

Los habitantes, que constituyen una mezcla de árabes y de abisinios, son buenos carpinteros y buenos marinos. La ciudad contiene una poblacion flotante que llega á veces á 2,000; son estos árabes de la otra parte del mar Rojo y Parsis de la India, que se entregan al tráfico de coral.

Por los detalles que preceden, se ve de cuánta importancia será la ocupacion de la isla de Massuah para el desarrollo del comercio francés en el mar Rojo. El gobierno del emperador ha creado allí un apostadero naval que será muy útil.

L. R.



LA ISLA DE MASSUAH, APOSTADERO FRANCÉS EN EL MAR ROJO.

Nuevas noticias sobre Schamyl:

SU CAPTURA Y SU RESIDENCIA EN SAN PETERSBURGO.

Hemos dado últimamente en nuestras columnas una noticia rápida sobre la famosa comarca donde hacia ya muchos años que un puñado de bárbaros fanáticos se burlaban de una parte del ejército ruso; pero desde entonces han llegado á nuestro poder otras correspondencias con detalles precisos y oficiales sobre el ataque de Gunib, y á riesgo de incurrir en algunas repeticiones, no queremos privar á nuestros lectores de aquello mas interesante que contienen.

Se recordará que el Cáucaso está dividido en dos grandes secciones llamadas *flanco derecho* y *flanco izquierdo*, separadas entre sí por el camino militar de Tiflis, guardado este de distancia en distancia por puestos numerosos que ocupan las tropas de la línea y los cosacos de las Stanitzas. El *flanco derecho* no está enteramente sometido, segun las últimas noticias; aun quedan en él algunas poblaciones independientes que sin duda muy luego serán sometidas á la obediencia. En cuanto al *flanco izquierdo*, la toma de Gunib ha producido su entera sumision, y hoy le guarnecen las tropas imperiales.

Tal es la situacion actual del Cáucaso; pero para llegar á esto, ha sido preciso dar uno de esos golpes terribles cuyos resultados se consignan siempre en la historia de las conquistas de la civilizacion. La toma de Gunib y la captura de Schamyl son hechos de armas dignos del ejército ruso.

1. — Schamyl y su hijo Ghazi-Mohamed, cuyos retratos damos copiados de fotografías hechas últimamente, representan el tipo exacto de los terribles montañeses del Cáucaso. Si el retrato de Schamyl difiere un poco

del que hemos publicado en uno de nuestros números anteriores, es porque este fué dibujado de memoria, y en circunstancias que no permitian tomar con toda exactitud los detalles de la fisonomía del jefe circasiano.

Schamyl (Samuel) es un hombre de sesenta y dos años; los rasgos de su rostro, vigorosamente acentuado, denotan un alma enérgica, un carácter firme y decidido. Todo el mundo se sorprende al hallar en un hombre que ha llegado ya á los primeros límites de la vejez, una mirada tan viva y penetrante, que trata siempre de penetrar hasta el fondo del alma para adivinar los pensamientos mas secretos de sus interlocutores. Desconfiado en medio de sus muridas adictos, habia logrado fascinarlos completamente; no esperaba que sus sospechas se cambiasen en certidumbre para dar la muerte á un hombre de quien dudaba, y á menudo fueron sacrificadas víctimas inocentes por el reposo de Schamyl.

Al ejemplo de los dervis y de los ulemas, que han conservado los antiguos usos orientales, Schamyl se tiñe la barba de encarnado, lo que forma un contraste singular con la blancura de su cutis. Se cuida sus manos

pequeñas y bien hechas como una mujer. Su traje no tiene nada de rebuscado; lleva en la cabeza una piel de carnero de Astrakan bajo un turbante de muselina. Su vestidura interior va casi oculta con una *bechemelta* de color claro sobre la cual lleva á la altura del pecho una cartuchera. Sus armas consisten en una cachecha y un puñal circasiano de mucho valor. Su andar es noble y altanero, aunque su paso se resiente un poco de una herida que recibió en una batalla.

Su hijo Ghazi-Mohamed, en quien ha concentrado todo su cariño desde la muerte de Djemmal-Eddin, es un jóven que ha pasado su vida en los peligros. Dotado como su padre de una energía sin igual, daba terribles golpes de mano á la cabeza de los muridas de Schamyl; él hizo prisioneras á las princesas georgianas cuyo cautiverio fué tan cruel, y que obtuvieron su libertad



NICHAN EL CHADJUAH, Condecoracion creada por Schamyl.

por el rescate de Djemmal - Eddin. Ghazi - Mohamed acompañaba siempre á su padre en los combates, y el día de la toma de Gunib luchó con desesperacion en medio de los muridas.

Ahora que hemos dicho con qué hombres tenían que habérselas los guerreros rusos del Cáucaso, vamos á explicar en pocas palabras en qué situacion se hallaba Schamyl cuando el príncipe Bariatinsky resolvió acabar con el jefe circasiano.

Hacia tiempo ya que Schamyl y los suyos, reducidos considerablemente, se habian tenido que refugiar en las posiciones mas inaccesibles del Cáucaso, donde vivian en un estado completo de aislamiento, separados como lo estaban del resto de las poblaciones ya sometidas. Si de tiempo en tiempo algunos de los partidarios del iman

querian engañar la vigilancia de los centinelas rusos, á fin de ejecutar algun golpe atrevido, eran muy luego rechazados por los puestos de la línea y de los cosacos.

Sus ataques no tenían nada de regular; á veces pasaban muchos meses antes de bajar á las llanuras y á

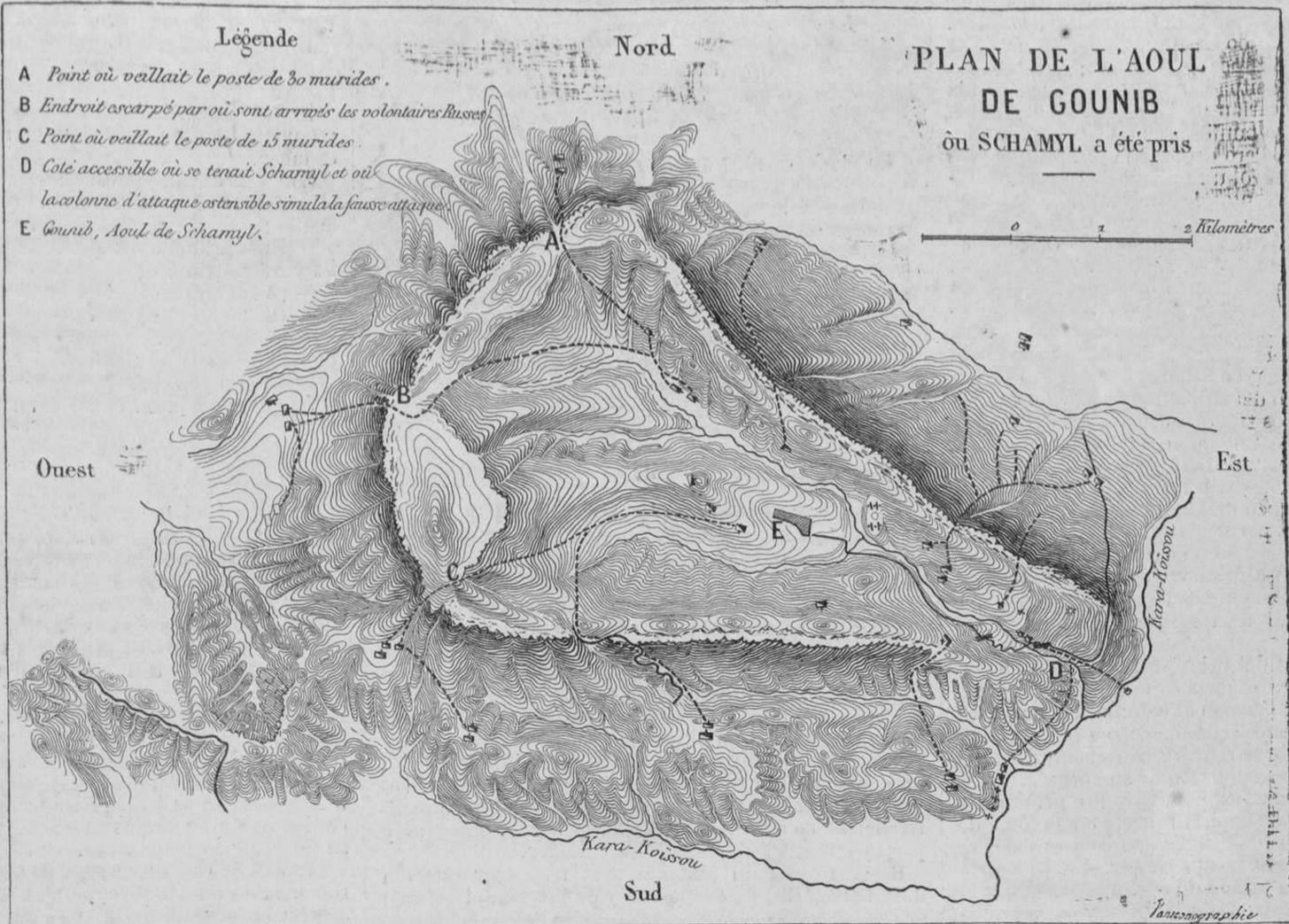
las aldeas de poblacion cosaca, cuyos hombres son soldados y labradores al mismo tiempo.

El gobierno ruso, con el fin de someter mas pronto al pais independiente, habia encargado al príncipe Vorontzof del gobierno del Cáucaso. Ya este ilustre gene-

ral habia cercado con puestos fortificados las aldeas rebeldes en donde Schamyl habia ejercido su influencia religiosa; pero el noble anciano que tenia preparada la sumision de Schamyl, murió antes de haber visto realizado su proyecto. Estábase reservado á su sucesor el príncipe Bariatinsky el terminar la obra comenzada.

Cuando todo estuvo dispuesto para el ataque decisivo, Schamyl, advertido por sus espías, se fortificó cuanto pudo en los puntos mas accesibles de su aul de Gunib, que en estos últimos años era el refugio de su poderío. Bien provisto de municiones y de viveres, contaba con poder resistir dos años mas; pero erró sus calculos.

Gunib está en una meseta muy alta cuyos aproches de difícil acceso están defen-



PLANO DEL AUL DE GUNIB.



EL IMAN SCHAMYL.



GHAZI MOHAMED. HIJO DE SCHAMYL.

cuyas extremidades son accesibles por un pequeño pasaje. Salvo estos tres puntos, defienden la meseta de Gunib rocas cortadas á pico como murallas naturales.

Schamyl habia colocado sus muridas en los ángulos de la meseta que acabamos de describir; él estaba en el lado mas accesible situado al Este, porque suponía que por allí desembocarían los rusos á dar el ataque. Efectivamente, por ese punto el teniente del emperador dirigió sus columnas. Pero durante la noche que precedió al combate decisivo, un puñado de intrépidos voluntarios de los regimientos de Schirwan, de Apechero, de Georgia y del Daghestan, que habian logrado reconocer que las rocas á pico situadas al Oeste de la meseta no eran impracticables, subieron por la noche, á favor de unos garfios de hierro que habian fijado en la Peña, hasta los puntos en donde vigilaban los muridas. Ya esos valientes habian llegado á las alturas, y un combate cuerpo á cuerpo se habia empeñado entre ellos y los muridas, cuando Schamyl, advertido de repente, corre al auxilio del sitio amenazado. La columna rusa, que seguía los trabajos ostensibles del ataque por el lado del Oriente, notando ese movimiento, sube el estrecho sendero cuya cabeza guardaban los muridas de Schamyl, y se trabó un combate terrible en la meseta, donde sucumben casi todos los defensores. Los voluntarios se lanzan por su parte, y Schamyl apenas tiene tiempo de guarecerse en su aul. Le cercan, pero se defiende todavía, y con su voz impetuosa anima á los que le han seguido en su último retiro. Sin embargo, conociendo que toda resistencia es inútil, se rinde.

Llevado á presencia del príncipe Bariatinsky, Schamyl se imaginaba que pagaría con su vida la heroica resistencia que habia opuesto al ejército del Cáucaso; de modo que se sorprendió cuando supo que no solo viviría, sino que en breve se reuniría con su familia cuando el emperador hubiera decidido de su suerte.

II. — Schamyl, Ghazi-Mohamed y los principales muridas que se libertaron de la muerte en la toma de Gunib, llegaron á San Petersburgo pocos dias despues de los sucesos que acabamos de contar. En presencia de aquel á quien habia jurado un odio eterno, Schamyl experimentó un sentimiento de respeto y de admiración. No podía comprender que estando vencido y abandonado por la fortuna, hubiese podido conservar delante del emperador sus armas de guerra enrojecidas con la sangre de sus vencedores. En libertad para recorrer y visitar la ciudad imperial, sin ninguna escolta, Schamyl comprendió cuán poderoso era su enemigo. Se sorprendía, al ver los muchos buques reunidos en Cronstadt y las fortalezas erizadas de cañones que defienden la capital, de que un príncipe que disponía de tales fuerzas hubiese podido dar tanta importancia á la posesion de la roca de Gunib.

Admitido en las reuniones mas íntimas de la aristocracia civil y militar, se deslumbraba con la riqueza de los trajes y la gran cantidad de pedrerías que llevaban las señoras.

— Muy lejos estaba de pensar, decia, que hallaría en la tierra el paraíso de Mahoma.

En los salones se pudo admirar el carácter de Schamyl y las delicadezas de su entendimiento. Habiéndole hablado una señora de su hijo primogénito que estaba al servicio del emperador, Schamyl no pudo menos de enternecerse.

— Habría debido creerle, exclamó, pues ahora veo que cuanto me dijo era verdad.

Una noche se encontró con el duque de Montebello, embajador francés en San Petersburgo, y aprovechó la ocasión para pedir al diplomático algunos detalles sobre la lucha que Abd-el-Kader habia sostenido en Africa. Cuando le dijeron que el jefe árabe habia peleado tanto tiempo como él, pero con fuerzas muy superiores á las suyas, sus facciones se animaron.

— Hemos tenido la misma suerte, exclamó.

— Sí, le respondieron; pero lo que ha sido grande, grande será siempre.

El emperador Alejandro ha señalado á Schamyl una pensión que le permitirá vivir honrosamente con su familia en una ciudad que el gobierno le ha designado por residencia.

Schamyl, al introducir el código militar en las montañas del Cáucaso, fundó una orden de caballería destinada á recompensar los altos hechos de armas y las acciones brillantes de sus muridas. Esta orden, que llamó *Señal de la bizarría*, se componía de tres grados, cuyas insignias de plata labrada se llevaban en placas sobre el pecho, diferenciándose en la forma, los adornos y las inscripciones.

1º grado. — Esta condecoracion tiene la forma de una media luna, y lleva por divisa encima de un sable: «ESTA ES LA SEÑAL DE LOS VALIENTES.»

Era el primer grado por el cual habia que pasar antes de obtener con otra accion de brillo el grado superior.

2º grado. — Placa en forma de disco, con los ornatos calados. Un sable con esta divisa:

«EL QUE PIENSA EN LAS CONSECUENCIAS (del combate) CARECE DE BIZARRÍA.»

3º grado, el mas elevado en la gerarquía de la orden. — Placa como la precedente, pero sin calados. Un sable, una pistola, la inscripcion anterior y la divisa árabe:

«LA ADHESION OS SALVARÁ.»

Schamyl no prodigaba sus recompensas, y así es que sus muridas las estimaban mucho. Las que reproducimos aquí han sido copiadas de unas que fueron cogidas sobre varios muridas muertos en campaña.

V. L.

TERESA HERMANN.

PRIMERA PARTE.

I.

En el año de 1697 existía en un arrabal de Estokolmo una taberna de pobre aspecto, cuyo amo era un antiguo militar llamado Santiago Hermann, y que poseía entonces una clientela compuesta casi únicamente de los soldados del primer regimiento de la guardia.

La preferencia que daban estos al establecimiento de Santiago no tenia nada de sorprendente; Santiago era un hijo de Marte, y además vendía buena cerveza.

Una tercera consideracion, y que merece párrafo aparte, llamaba tambien la boga á la taberna de Hermann. El buen hombre era viudo, pero tenia una hija fresca como el mes de mayo y hermosa como la aurora.

II.

La hija del tabernero sueco era digna de la admiracion que á todos inspiraba. Su talle fino y elegante, su apostura naturalmente noble, su fisonomía distinguida, sus manos blancas y contorneadas, su pié diminuto y bien hecho, contrastaban tan singularmente con la vulgaridad de su nacimiento y la oscuridad de su condicion, que los parroquianos nuevos, tomándola por una gran señora disfrazada de sirvienta, temian mandarle alguna cosa, mientras los antiguos siempre muy corteses con ella, la facilitaban en cuanto podían el cumplimiento de sus deberes.

Teresa, tal era el nombre de nuestra heroína, tenia mucho de comun con las beldades del Norte por su rubia cabellera y la transparencia de su cutis; pero se diferenciaba de ellas por el brillo de sus ojos negros y por la viveza meridional de su carácter.

Bastaba verla un instante para reconocer que era muy susceptible de exaltacion y de energía; el germen de estas facultades que la naturaleza habia depositado en el fondo de su corazón, habia fructificado con la lectura y las meditaciones, y se entusiasmaba á la simple relacion de un acto de heroísmo ó de una accion afectuosa ó caritativa.

Fácil es concebir cuán grande seria el orgullo de Hermann porque Dios le habia dado aquella hija.

Sin embargo, no llevaba su flaqueza hasta comunicarla las locas ideas que de tiempo en tiempo cruzaban por su mente.

— Teresa, la decia, no soy rico. Mi sucesion será bien pobre... en vez de hacerte ilusiones, trabaja, hija mia. ¡Ah! Si el difunto rey Carlos XI no hubiese desconocido mis servicios, si hubiese recompensado al viejo soldado cubierto de cicatrices, otro gallo nos cantara. Entonces te diría yo: tienes diez y siete años; eres hermosa; puedes esperar... Pero no es eso; el descanso te está prohibido, porque él nos traería la miseria.... ¿Porqué no quieres casarte?... Un buen trabajador te convendría... verbigracia, Cristóbal.

— ¡Padre mio! exclamaba Teresa.

— Bien veo, proseguía el militar, que no es un buen mozo. Sé que carece de instruccion, que tiene las manos callosas y la frente curtida; pero es un buen muchacho, muy diestro en su oficio, y estoy seguro de que á fuerza de cuidados y de amor acabaría por hacerte dichosa.

La jóven al oír estos discursos permanecía silenciosa y bajaba tristemente la cabeza.

Sin duda alguna los consejos de su padre eran muy buenos; pero Teresa no podía seguirlos.

Cuanto mas veía á Cristóbal, mas repugnancia sentía á enlazarse con aquel hombre tan primitivo y toscó como ella era hechicera y delicada.

III.

En tal estado se hallaban las cosas cuando entró un dia en la taberna un joven jinete que llevaba con mucha gracia el uniforme de los guardias de la reina.

Despues de haber hecho un saludo con la mano, el desconocido se puso en un rincón, pidió un jarro de cerveza, y con la barba apoyada en el puño de su sable, comenzó á dirigir á Teresa unas miradas cuya expresion de ternura estaba muy visible para todos.

La infantería y la caballería no siempre están en buenas relaciones.

— ¡Qué atrevido! murmura un cabo al oído de su compañero.

— ¡Y tanto! responde el compañero.

— Entrar sin que le conviden en la taberna del primer regimiento de la guardia, prosigue el cabo, dirigir miradas á Teresa que la hacen poner encarnada como un tomate, y burlarse de nosotros, es insultarnos, y no debemos sufrir que ese insolente permanezca mas tiempo entre nosotros.

— ¡Bien dicho! repiten á media voz varios soldados acercándose á la mesa donde estaba el cabo.

En tanto que los descontentos se entregaban sordamente á su indignacion, y parecían estar impacientes de vengar el ultraje hecho á la jóven segun ellos decían, el desconocido que aunque distraído en apariencia no habia perdido nada de la conversacion, se levanta, y acercándose á sus detractores, exclama con aire resuelto:

— Estoy á vuestras órdenes, señores; vuestras armas son las mías, y os dejo el cuidado de disponer las condiciones del combate.

Estas pocas palabras produjeron una impresion profunda en la asamblea, cuyo furor se fué apagando por grados.

El cabó espontáneamente y luego un granadero por reflexion, fueron los únicos que se atrevieron á seguir el lance.

Como los campeones se disponían á salir, el desconocido dirigiéndose á un anciano que aparecía entonces, le dijo:

— Es la primera vez que celebro el encontraros; vais á ser mi padrino.

— ¡Vuestro padrino! exclamó el anciano.

— Tengo que batirme.

— Es imposible.

— Seguidme pues, continuó el jóven haciendo un ademán que puso fin á la resistencia del anciano.

Y todos se alejaron en silencio.

IV.

Mientras duró la lucha, Teresa estuvo orando, y en cuanto volvió á presentarse el guardia de la reina, su rostro ansioso y pálido recobró sus hermosos colores.

— Perdonadme que haya suscitado este alboroto, la dijo el jóven inclinándose. Podeis creer que no he venido aquí á promover escándalos.

Y luego volviéndose hácia unos cuantos soldados que estaban fumando con mucha serenidad, añadió alegremente:

— Habis de saber, compañeros, que si me inflamo pronto, tambien olvido muy pronto las injurias que se me hacen. Vendré á menudo á esta taberna; en vez de buscarme disputas, dadme cordialmente la mano, y brindemos juntos á mi presentacion aquí, al restablecimiento de uno de mis adversarios y á la memoria de su infortunado compañero.

Despues de este discurso, todos los soldados brindaron á la salud del jóven, que fingió tomar parte con alegría en aquella fiesta, y se apresuró luego á pagar el gasto de todo lo que se habia tomado.

Cuando se hubo retirado, exclamó Hermann:

— Me gusta mucho ese jóven; tanto caso hace de su vida como de sus escudos.

V.

El valor que provoca á veces la justa admiracion de los hombres, excita siempre el entusiasmo de las mujeres. Nada mas natural en efecto que el instinto que inclina á la débil mujer á colocarse bajo la égida de la fuerza.

Teresa se habia dejado subyugar desde luego por la conducta marcial del jóven militar. Habia orado por él cuando su vida estaba amenazada, habia experimentado un gozo inmenso con su triunfo, y al fin acababa de descubrir un motivo para dar rienda suelta á sus ilusiones en un hecho singular, á saber: el de un soldado que pedía de beber y no bebía.

¿Porqué pues aquel exceso de sobriedad? ¿La abstinencia del desconocido era resultado del hechizo que suele dominar á los hombres apasionados cuando se ven en presencia de una mujer hermosa; ó procedía mas bien de un sentimiento de repugnancia hácia la bebida que se vendía en aquella taberna?

La modestia de Teresa la impedía admitir la primera de estas hipótesis, y así es que resolvió atenerse á la segunda hasta tener pruebas mas evidentes.

Al otro dia el jóven volvió á la taberna donde esta vez, gracias á las proezas de la víspera, todos le acogieron cordialmente. Volvió á tomar su puesto, y pareciendo que habia olvidado de nuevo la cerveza que acababan de servirle, no se cansó de contemplar á la encantadora Teresa.

Cuando se marchó la jóven, pudo convencerse de que era verdad aquello que temía y deseaba á un tiempo.

El jarro de cerveza estaba intacto, y no obstante, sin que su padre lo supiera, habia sacado ella para el desconocido la cerveza del mejor fabricante de Estokolmo.

Teresa tuvo pues que rendirse á la evidencia; el militar iba á su casa porque la amaba.

A mayor abundamiento, si lo hubiera dudado, pronto habria oído la declaracion de la propia boca del desconocido.

En el modo sencillo y tierno con que este la habló de su amor, en la emoción que experimentó al hablarla, la jóven conoció que era verdad lo que estaba oyendo. Pero ¿desde cuándo la amaba? ¿Qué motivo le habia llevado á la taberna? — Su reputacion de hermosura. ¿Qué se proponía obtener? — Su corazón y su mano.

La concision de estas respuestas llenó de júbilo á nuestra heroína, que viéndose ya la esposa del único hombre que habia llamado hasta entonces su atencion, no vaciló en abandonarse á aquel amor naciente.

VI.

Mientras la jóven llena de esperanza desenlazaba por medio del matrimonio á quella intriga amorosa, Hermann no cesaba de apoyar las pretensiones de Cristóbal.

Cuando supo el secreto de Teresa, exclamó con dolor :
— ¡Qué locura! ¡Casarte con un soldado!..... ¿Con que quieres morir pobre?

Y como Teresa le hiciese observar que el soldado á quien ella amaba no era un soldado parecido á los demás, el tabernero, aunque no estaba ciego como su hija, no podía menos de reconocer que era un jóven de muy buenas prendas.

Este jóven, que se llamaba Gustavo, se acababa de enganchar en la caballería de la reina, y no parecía tener mas años que la hija del tabernero.

Gustavo no era hermoso; tenía la nariz larga y los ojos pequeños, la boca grande y gruesos los labios, pero su figura era arrogante.

Además, en el carácter se parecían mucho los dos jóvenes; ambos tenían una imaginación muy viva y cierta inclinación á las aventuras.

Gustavo, que había recibido mas educación que la que se da ordinariamente á los hijos del pueblo, era muy superior en inteligencia á sus compañeros. Aunque bruscos, los movimientos del jóven tenían cierta elegancia, y su lenguaje parecía el de un hombre que mas que para obedecer está hecho para el mando.

En una palabra, si Teresa pasaba algunas veces por una gran señora oculta bajo el disfraz de una sirvienta, él podía pasar por un noble disfrazado de soldado.

Hermann no contestaba en nada la exactitud de este retrato; pero porque la naturaleza había dotado al jóven de facultades excepcionales, ¿se seguía necesariamente que debiera hacer su fortuna con las armas?

No por cierto; á su juicio debía vegetar en la carrera como tantos otros.

En tanto que esta resistencia inesperada hacia verter lágrimas á Teresa, parecía causar á su amante mas despecho que dolor. Al ver la contracción de los músculos de su rostro, se habría dicho que acababa de sufrir una afrenta que habría deseado poder vengar inmediatamente.

Engañado en sus esperanzas, ó fingiendo estarlo, Gustavo intentó vanamente seducir á Teresa. Pero por mas que la juró que el matrimonio borraría ulteriormente la mancha de su honra, por mas que se deshizo en protestas de amor eterno, hubo de abandonar en breve las pretensiones que la jóven rechazaba siempre con horror.

SEGUNDA PARTE.

I.

Pocos dias despues que Teresa se negó á las instancias de Gustavo, Hermann recibió una carta en la cual el secretario de Eduvigis-Leonor, por orden del regente del reino, le mandaba se presentara lo mas pronto posible en la audiencia de S. M.

El tabernero se quedó atónito con el mensaje. Eduvigis-Leonor había ocupado el trono por la astucia, y quería mantenerse en él por la fuerza. Era una mujer suspicaz, pérfida, vengativa, cruel, y la nobleza sueca que había llevado á mal se prolongara ilegalmente la minoría de Carlos XII, principiaba á murmurar sordamente contra aquel estado de cosas.

— ¿Qué puede quererme esa mujer? se preguntó Hermann.

Y dirigiéndose á su hija, exclamó:

— El porvenir no presagia nada bueno, mi querida Teresa.

— ¿Habreis cometido alguna imprudencia?

— Quizá.

— Me dais miedo.

— En un momento de expansion, continuó el tabernero, he podido quejarme de la ingratitud de los reyes con los antiguos servidores de la patria, y tú no ignoras...

— ¿Quién ha oido esas palabras?

— Sin duda algun espía.

— ¿Pero quién?

— El anciano que sirvió de padrino á Gustavo, y que desde entonces ha venido casi todos los dias.

Efectivamente, aquel anciano, hombre del pueblo en apariencia, faltaba rara vez cuando estaba en la taberna Gustavo, y parecía haberse impuesto la mision de granjearse la amistad del padre, en tanto que el soldado hacia el amor á la hija.

— Es imposible, exclamó Teresa; el hombre á quien acusais es amigo de Gustavo.

— Esa circunstancia no me tranquiliza.

— ¡Padre mio! murmuró la jóven con un acento de suave reconvenccion.

— Sea como quiera, repuso Hermann, tengo el presentimiento de que me han vendido, y Dios sabe qué consecuencias puede eso tener en la época de arbitrariedades que atravesamos.

Y exallándose poco á poco, el tabernero comenzó á censurar la conducta del último rey, que despues de haber hecho morir á su mujer á fuerza de sentimientos, se había enajenado con la violencia de su carácter el afecto de sus súbditos; criticando tambien á la regente su cómplice, y ensalzando á Carlos XII, cuyas virtudes prometían á la Suecia un buen príncipe, y al mundo un héroe.

II.

Al otro dia Hermann, pálido y tembloroso, llegaba al palacio real.

El tabernero fué introducido en la antecámara, donde se hallaban ya reunidos algunos oficiales generales y varios funcionarios del Estado, que se quedaron atónitos al verle en medio de ellos.

— Les humilla mi presencia, pensó Hermann.

Cada diez minutos llamaban á una de las personas presentes que entraba en el aposento de la reina, y sin embargo Hermann, una hora despues de su llegada, esperaba todavía que le tocara el turno.

Cuando todo el mundo se hubo retirado, un canceller le pidió la carta de audiencia que llevaba, y le hizo señal de que le siguiera.

Eduvigis-Leonor tenía entonces mas de cincuenta años.

Era una mujer alta, delgada, de mirada siniestra, de apostura altanera, de boca desleñosa, que embriagada de orgullo y devorada de ambicion, no obedecía otras leyes que las de su capricho.

Acometida sin duda de los presentimientos que la causaban sus iniquidades y sus crímenes, y desconfiando de todo y de todos, no recibia jamás sino en presencia de guardias armados que estaban dispuestos á defender su vida.

Al distinguir los guardias, se dijo Hermann:

— Soy un hombre perdido, me van á prender.

Y como al hablar así el tabernero pensaba en su hija, su corazon se oprimió dolorosamente.

— ¿Os llamais Santiago Hermann? le preguntó la reina.

— Sí, señora, respondió el hombre mas muerto que vivo.

— Me han asegurado, repuso la regente al cabo de una pausa, que os quejais á menudo.

— ¡Ah! señora, exclamó Hermann arrojándose á los piés de la reina, suplico á V. M. que olvide, que me perdone...

— Levantaos, dijo la reina con un ademán de protección, y no me interrumpais.

El tabernero se inclinó humildemente.

— Hermann, prosiguió Eduvigis, me conocen muy mal en este país. Estoy trabajando sin cesar en asegurar la felicidad de mis pueblos, y me acusan de que hazo poco caso de sus intereses; mientras practico la justicia, la indulgencia y la caridad, se unen todos para negarme esas virtudes... Y sin embargo, aborrezco las medidas rigurosas, vacilo mucho tiempo antes de castigar á un culpable, y aprovecho con ansia todas las ocasiones de recompensar el mérito y la fidelidad...

Hermann, ¿habéis sido militar?

— Sí, señora.

— ¿Habéis servido lealmente en los ejércitos de S. M. Carlos XI?

— Sí, señora.

— Si hubiese vivido mas tiempo el rey mi hijo, que se hallaba dotado de grandes cualidades, os habría tomado bajo su protección, y estoy segura de honrar su memoria y de corresponder á sus intenciones paternales nombrándoos hoy mismo gobernador de la fortaleza de *** en la Finlandia.

— ¡A mí! murmuró el tabernero lanzando en su derredor la mirada de un hombre que no sabe si está dormido ó despierto.

— Así lo quiero, repuso la reina, y no es todo aun. Me han asegurado que vuestra hija además de sus prendas naturales tiene alguna instrucción.

Hermann respondió con una señal de cabeza afirmativa.

— Muy bien, la tomaré á mi lado en calidad de lectora. En cuanto á su novio, ya veis que estoy bien enterada, en cuanto á su novio Gustavo, recibirá el despacho de oficial en mi regimiento.

Hermann aturrido cada vez mas con lo que oía, trató en vano de dar las gracias á la reina. Movía los labios sin poder articular una palabra, y se sonreía y lloraba á un tiempo besando la orla del vestido de su bienhechora.

Despues de haberle repetido que la gustaba mucho hacer bien, la reina dijo á guisa de despedida:

— Hermann, ahora podreis decidir si la regente es tan mala como la pintan.

III.

Hermann de vuelta en su casa se arrojó sobre un banquillo. Su frente estaba húmeda de sudor, sus ojos extraviados, su rostro descompuesto.

Teresa que esperaba con impaciencia el regreso de su padre, creyó que la traía alguna mala noticia.

Al cabo de algunos minutos el militar rompió el silencio.

— ¡Viva la reina! exclamó dando un grito.

Y contó á la jóven lo que acababa de sucederle.

— Pero ¿cómo S. M. ha podido saber?...

— Por su policía secreta, interrumpió Hermann, por la policía secreta que la buena señora mantiene para indagar...

— ¡Qué feliz vais á ser!...

— Sí, mucho; pero una cosa me entristece, y es que tendremos que separarnos.

Hubo una pausa.

— No obstante, quedarás en buenas manos, exclamó Hermann. S. M. te protegerá, y casada con Gustavo...

— ¡Ah! padre mio, exclamó Teresa, esa felicidad es demasiado grande.

Al llegar aquí entró Gustavo, y aunque pareció participar de la satisfacción de sus amigos, se negó obstinadamente á cantar con ellos las alabanzas de Eduvigis.

— ¡Mala cabeza! dijo Hermann.

— Sé lo que vale la reina, repuso el jóven.

— Es buena, justa, generosa...

— Lo niego.

Hermann se encogió de hombros; y luego con una voz imperiosa preguntó:

— ¿Qué teneis que echarla en cara?

— Eso se queda para mí. Me felicito de lo que ha hecho por nosotros, pero en cuanto á quererla es distinto.

— Sin embargo, el agradecimiento...

Gustavo no respondió.

— Pensad en vuestros intereses...

Igual silencio.

— No soy yo tan rencoroso, prosiguió Hermann, y desde este dia soy partidario decidido de la reina. Avergonzado de mi conducta pasada, abandono la causa del rey menor...

— ¿Olvidais, interrumpió Gustavo con fuerza, que Carlos XII es mayor según la ley?

— La ley es insensata.

— ¿Porqué razon?

— Porque confía á un niño los destinos del imperio.

Teresa asustada con el giro que tomaba la discusión, trató inútilmente de moderar el ardor de Gustavo que repuso:

— No es ya niño quien tiene poder y voluntad para hacer grandes cosas.

— Sé, dijo Hermann, que el jóven príncipe tiene una reputación de arrojo y de lealtad...

— Que merece bajo todos conceptos, interrumpió Gustavo.

— En hora buena. Pero cuando llegue la edad de las pasiones, ¿quién os dice que podrá resistir á ellas?

— Si se dejara llevar de su influencia, Carlos sería indigno del trono.

— Muy bien, pero entre tanto continuaria ocupándole, y yo creo que no se debe sacrificar lo positivo á lo incierto; una buena reina cuyas arrugas me responden de su moralidad, á un rey que siguiendo el ejemplo de su hermano de Francia, podría tener queridas que reinarian bajo su nombre.

— Calumniais á vuestro soberano, exclamó Gustavo; Carlos no hará mas que seguir los impulsos de su buen corazon, y hasta en sus menores acciones se verá que es noble y virtuoso.

— ¡Quiéralo Dios! exclamó Hermann alejándose.

— Si no fuérais hija de ese hombre, dijo Gustavo á Teresa, jamás habría sufrido...

— ¡Qué emocion! repuso la jóven, serenaos.

— Estoy exasperado.

— Sin motivo. Apenas puedo explicarme el interés que os guía...

— Es verdad, dijo Gustavo haciendo un esfuerzo; ¿qué me importan en suma las cualidades ó los defectos de Carlos XII? ¿No os debo yo todos mis pensamientos, toda mi ternura, todo mi amor?

Teresa dió gracias á su amante con los ojos, y entrambos jóvenes enajenados con la felicidad que les esperaba, se renovaron la seguridad de su afecto recíproco.

IV.

El tabernero vendió su establecimiento, liquidó sus negocios y partió á tomar posesion de su empleo.

Teresa fué acogida del modo mas favorable por la reina.

— Si quereis seguir mis consejos y obedecerme en todas las cosas, le dijo la reina, teneis asegurada la fortuna.

Teresa prometió á S. M. el hacer todo cuanto estuviera en su mano para merecer el insigne favor de que era objeto.

— Está bien, hija mia, repuso la reina.

Y al cabo de una pausa añadió señalando á un personaje que hasta entonces había estado en un extremo del aposento:

— Este caballero os conducirá á vuestra habitación, de donde no saldreis hasta que esteis vestida como lo exige la etiqueja.

El aposento de Teresa estaba adornado lujosamente; pero mas bien parecia la morada de una cortesana que la de una mujer virtuosa y modesta; todo hablaba allí á los sentidos y á la imaginación.

El aroma enervante de los perfumes exóticos embalsamaba la atmósfera; la jóven se sonrojó dolorosamente. Tan alegre hacia un instante, se puso triste y pensativa.

Se acordaba de su padre, pensaba en su aislamiento en medio de aquel mundo que ignoraba, y ya sus ojos comenzaban á velarse de lágrimas cuando llegó Gustavo.

El jóven revestido con las insignias de su nuevo grado estaba mas seductor que nunca.

— ¡Qué bien estais! le dijo la jóven admirándole.

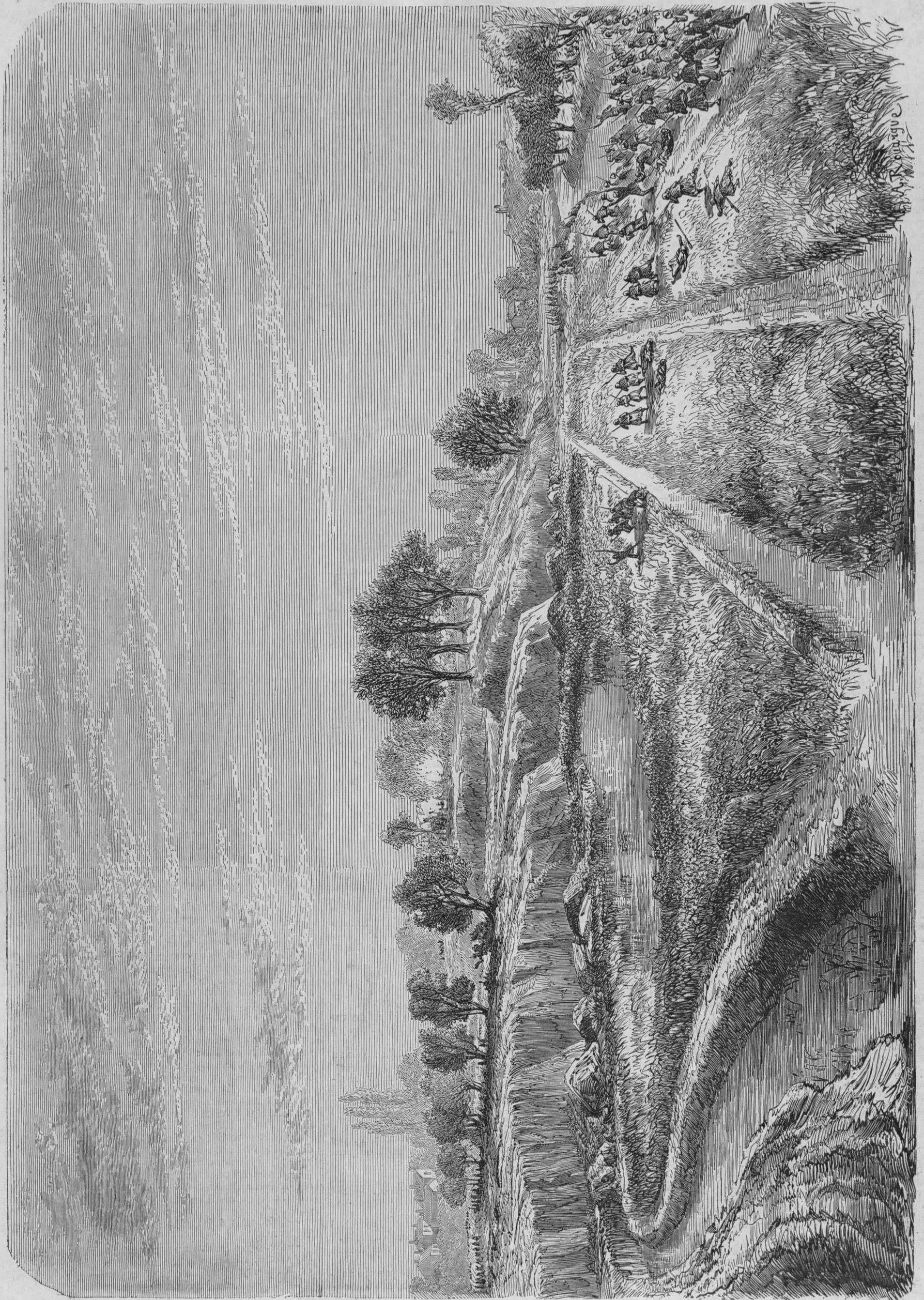
— Y vos, mi querida Teresa, contestó Gustavo, con ese humilde traje nacional, con esa basquiña de tela tosca, eclipsarais á las damas mas encumbradas de la córte.

— ¿Conoceis á las señoras de la córte? preguntó Teresa.

— No, dijo Gustavo un poco cortado; pero desde que soy oficial, mi servicio me llama á veces al aposento de la reina y he podido comparar y juzgar.

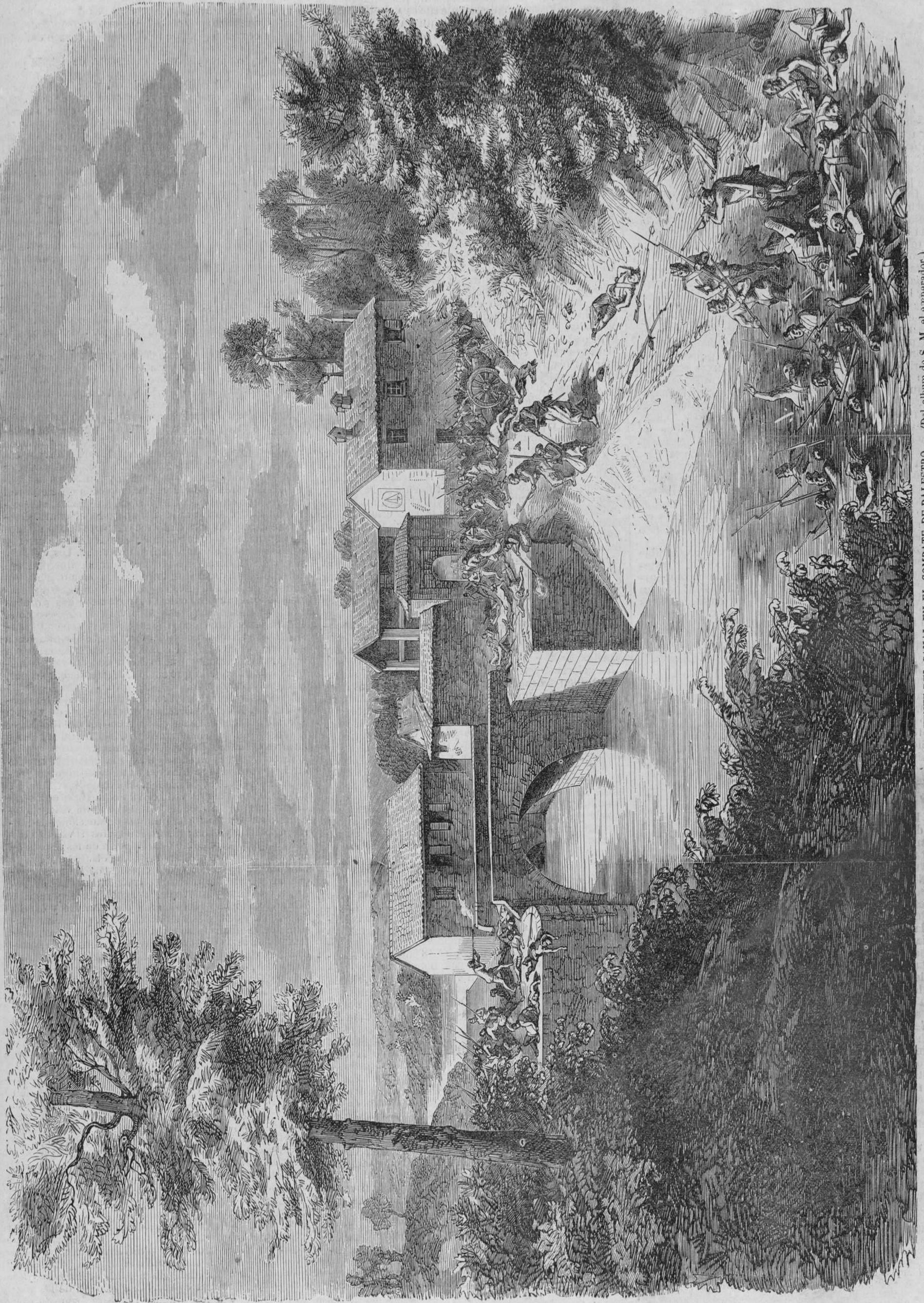
Teresa bajó los ojos sin responder.

(Se continuará.)



RECUERDOS DE LA GUERRA DE ITALIA. - LOS ZUAVOS EN EL COMBATE DE PALESTRO ATACANDO EN LOS ARROZALES (31 de mayo de 1859) -- (Del album de S. M. el emperador.)

Rodrigue



RECUERDOS DE LA GUERRA DE ITALIA. — ATAQUE DEL PUENTE DEL CANAL EN EL COMBATE DE PALESTRO. — (Del album de S. M. el emperador.)

Anales de los artistas españoles

POR W. STIRLING.

TRADUCCION DEL INGLÉS POR DON J. MALDONADO Y MACANÁZ Y DON ENRIQUE VALDÉS Y SOLER.

(Conclusion.)

Así el gran convento de la Trinidad, cuya larga fachada de ladrillo con dos altas torres á los lados forma uno de los principales edificios de la calle de Atocha, y cuyo átrio á propósito para puestos de libros sirve como de *Paternoster Row* de la iliterata capital, ha sido elegido para depósito de la propiedad artística de la nación.

Las pinturas, que necesitan grandemente de clasificación, buena colocación y luz, llenan los claustros bajos y principales que rodean el rectángulo que forma el edificio, como también la capilla, el refectorio y otros varios departamentos. Abrióse este Museo en 1840; pero siendo los españoles, como dijo un secretario de Estado á un impaciente ministro francés, *hombres y no pájaros* (1), no les han bastado cinco años para preparar la publicación de un catálogo. La colección contiene unas pocas pinturas italianas y algunas obras de valor de los viejos maestros flamencos y alemanes que disminuyen su monotonía. Velazquez, que empleaba su pincel en palacio mas que en el claustro, se halla representado aquí solamente por dos retratos de escaso mérito. Cano, Zurbarán y Murillo, cuyas relaciones con los frailes fueron mas estrechas, aparecen con gran ventaja. Pero habiendo sido recogida la mayor parte de los cuadros de este Museo, principalmente de los monasterios de las cercanías de Madrid y Toledo, la escuela castellana es mucho mas numerosa que todas las demás. Vicente Carducho es el genio que preside en este lugar; su larga serie de cuadros de la Carrija del Paular ostenta una fuerza de imaginación digna de Rubens, y cubre acres de lienzo que hubieran pasmado y que pasmaron al mismo Luca Fa Presto. Correa, uno de los mas antiguos, y Sebastian Muñoz, uno de los mas modernos de los grandes maestros españoles, pueden ser muy bien conocidos y estudiados en este Museo.

Toledo no posee ningun museo (2); pero su venerable catedral es un tesoro y un monumento del arte castellano. Las grandes puertas y el hermoso coro manifiestan la bella imaginación y la habilidad de los antiguos escultores y de sus clásicos sucesores, mientras que las capillas y sacristías están ricamente adornadas con las producciones de Juan de Borgoña, el Greco y otros pintores toledanos.

El museo de Valladolid contiene muchas obras de arte, que enriquecian los conventos de Castilla y de León, y que se salvaron de la destrucción en la guerra civil, gracias á la energía de don Pedro Gonzalez, director de aquella academia, lo cual debe recordarse para honra suya. Ocupa el antiguo colegio de Santa Cruz, uno de los seis colegios mayores de España. Fundado en 1594 por el gran cardenal Mendoza, este hermoso edificio ha sido benignamente tratado por los restauradores y destructores de antigüedades, y conserva gran parte de su primitiva magnificencia. La exornada fachada, que da á la plaza; la sencilla, que mira al jardín, y el rico patio interior están muy bien conservados. Los cuadros de mayor interés histórico allí existentes son los de Rubens, que pertenecieron antes á las monjas de Fuensaldaña, y que fueron rehusados por ellas á un grande de la corte de Fernando VI, que las ofrecía en cambio un nuevo y magnífico retablo y rentas duplicadas, y los cuales figuraron despues en el Louvre de Napoleon. Entre los pintores españoles, Carducho, Pereda y José Martinez predominan en este museo.

Pero la colección sobresale mas bien en la escultura que en la pintura. Las estatuas de bronce del duque y de la duquesa de Lerma atestiguan la habilidad del italiano Leoni (3). Allí es donde el clásico Berruguete y Juan de Juni y Hernandez, cuyas estatuas de madera pintada compiten en vida y animación con los mármoles de Grecia, deben ser estudiados: puede decirse que son los dioses tutelares de aquel recinto. Este museo goza la ventaja, rara en España, de poseer un catálogo que se halla en el *Compendio histórico descriptivo de Valladolid*, por Julian Pastor, 1841.

En Aragon y Cataluña, donde jamás floreció el arte, los monasterios eran mas ricos en bellezas artísticas, y fueron mas cruelmente despojados en las épocas tumultuosas que los de las demás provincias de España. Los museos de Zaragoza y Barcelona, establecidos como de costumbre en antiguos conventos, tienen pocas circunstancias que los recomienden.

Andalucía, jardín de la naturaleza y del arte, posee tres museos públicos de pintura, en Córdoba, Sevilla y Cádiz. El primero de estos, establecido en uno de los

mas oscuros conventos de la triste y decaída ciudad de los califas, no contiene mas que un insignificante número de lienzos singularmente sucios y maltratados.

El último ocupa parte de una nueva academia de dibujo en la plaza de Mina, y solo puede presentar entre lo mejor en él reunido, algunos cuadros que se duda pertenezcan á Murillo, y otros de segundo orden de Zurbarán que hacen poco honor al buen gusto de la opulenta Cádiz. El museo de Sevilla vindica, sin embargo, noblemente al genio de Andalucía. Lleno de muchas y preciosas obras, antes esparcidas por los ricos conventos de aquella hermosa ciudad, es uno de los mas característicos y deleitables depósitos del arte en Europa. El edificio, antes convento de la Merced, cuya piadosa orden tenia por objeto redimir á los cristianos cautivos por los infieles cuando aun habia frailes en Sevilla y corsarios en Argel y Sallée, fué erigido primeramente en 1249 por san Fernando y suntuosamente reedificado en tiempo de Carlos V. Estaba situado en medio de un espacioso jardín convertido hoy en un monton de yerbas y ruinas, entre las cuales se eleva solitario un alto ciprés semejante á un espectro. Una parte de este jardín está próxima á ser cubierta de edificios y otra parte añadida á la pequeña plaza del museo, donde los naturales tratan de colocar la estatua de Murillo. El interior del edificio está, sin embargo, tan bien conservado como en tiempo de los frailes, y es una hermosa muestra de los opulentos conventos del Mediodía.

El patio principal es de un dibujo muy elegante; sus claustros están sostenidos por columnas apareadas de mármol blanco, colocadas sobre un basamento enriquecido con azulejos; una fuente murmura agradablemente en el centro, al rededor de la cual esparcen las flores su fragancia; algunos pavos reales ostentan ufanos su plumaje, y dos nobles sauces inclinan hácia el suelo sus verdes y graciosas ramas interceptando los rayos del sol y murmurando con la brisa. Las únicas reliquias de los desterrados religiosos, son la cruz de San Juan y las barras de Cataiña, armas de su orden, esmaltadas con brillantes colores en las ricas techumbres, ó esculpidas sobre puertas curiosamente trabajadas, y uno ó dos malos cuadros que representan turcos, que sentados arrogantemente con las piernas cruzadas, reciben sacos de dinero de unos frailes vestidos con el hábito blanco; groseros, pero patéticos recuerdos de estos pacíficos soldados de Cristo.

Las santas imágenes é inscripciones que en otro tiempo adornaban sus muros, han desaparecido; Nuestra Señora de la Merced y san Hermenegildo han sido suplantados en sus nichos de la escalera principal por estatuas de yeso de Venus y de Apolo, y la brillante y magnífica iglesia ha sido trasformada en un salon cuyos muros están tapizados con las grandes composiciones de Castillo y de Herrera, de Zurbarán, Roelas y Murillo.

La galería superior sobre el claustro principal se halla también adornada con pinturas, así como las salas á que conduce; una de las cuales, malamente iluminada por un solo balcon, contiene una incomparable colección de 18 cuadros de los mas hermosos de Murillo. En cuadros pintados por artistas que vivieron y tuvieron su estudio en Sevilla, este museo es mas rico que cualquier otro; allí Zurbarán y Murillo aparecen en todo el lleno de su fuerza, y Valdés Leal, Meneses, Marqués y algunos otros menos conocidos manifiestan haber sido hombres de nota é importancia. Pero contiene muy pocas obras notables de las otras escuelas españolas; y aun Velazquez, sevillano de nacimiento y por educación, aunque vivió en Madrid desde su juventud, no tiene ningun cuadro en el museo de su patria. Poco trabajo al parecer se ha empleado en limpiar y restaurar los cuadros, muchos de los cuales permanecen en el triste, polvoroso y aun andrajoso estado en que abandonaron los claustros para donde habian sido pintados, y podrian dar ancho campo á los esfuerzos de los caballeros restauradores del museo de la Reina. Los que han sido colocados de nuevo en marcos demuestran que el gusto del director del Museo es singularmente malo; por ejemplo, los 18 cuadros de Murillo de que hemos hecho mención, tienen marcos imitando á una especie de mármol de color de pasa, siendo así que este color es el que predomina en sus tonos.

De esperar es que la muy noble, muy leal y nunca conquistada ciudad de Sevilla, hallará en adelante algun dinero y tal cual criterio para rectificar todas estas cosas; para abrir algunas claraboyas en las salas altas y para publicar un catálogo (4). La capilla de la universidad ha sido también abierta en clase de museo, bajo los auspicios del sabio é ingenioso don Manuel Lopez Cepero, dean de Sevilla. Además de los hermosos monumentos en bronce y mármoles recogidos de las ruinas de los conventos, contiene algunos excelentes cuadros de Roelas. La primorosa capilla del hospital de la Caridad, no obstante que sus muros fueron cruelmente despojados por Soult, es todavía rica en obras maestras de Murillo. Varias de las mas bellas creaciones de este pintor adornan también la capilla y sacristías de la magnífica catedral, en donde pueden verse igualmente las mejores obras que se conservan de Esturmio, Vargas, Campaña y Villegas, patriarcas de la escuela de Sevilla.

Valencia tiene también un Museo que contiene de seiscientos á setecientos cuadros, casi todos pertene-

(4) La última falta la hallará el viajero suplida, hasta donde es posible, por Juan Antonio Bailly, el experto guia de Sevilla.

cientes á su elegante escuela. Viniendo á la ciudad desde las orillas del Turia, cubiertas de acacias, por la puerta de San José, á pocos pasos nos ponemos bajo los altos y macizos muros del antiguo convento del Carmen, cuya iglesia, que se destaca del cuerpo del edificio, y que es notable por su florida fachada de orden jónico y corintio, sirve actualmente de iglesia parroquial.

El resto del edificio ha sido destinado al museo, y está dividido en dos patios, en cada uno de los cuales cuatro altas palmeras, elevándose de entre abandonadas flores, alzan orgullosas sus tallos, semejantes á columnas, y parecen tocar el cielo con sus cabezas, correspondiendo muy bien al carácter oriental de la poblada de cúpulas ciudad del Cid. De estos patios uno tiene un claustro gótico abierto y abovedado, guarnecido de alegres azulejos, muchos rotos, en los cuales hay pintadas historias sagradas é inscritas piadosas cuartetas. El otro está rodeado por alto y por bajo de galerías cerradas, en las cuales y en la escalera están amontonados los principales tesoros de las escuelas del país, que antes se hallaban diseminados entre las varias casas religiosas situadas en las ricas llanuras y agradables valles que se extienden desde el Segura hasta el Ebro. El mariscal Suchet, que dirigió el saqueo y las rapiñas de los franceses en este reino, pensaba únicamente, y por fortuna, en reunir la plata y las joyas de las iglesias, y dejaba los cuadros, cuyo valor no comprendía como sus mejor avisados compañeros.

Por esto existen en este Museo tan exquisitas y perfectas obras de Juanes, y tan valientes composiciones de los Ribaltas, juntamente con un verdadero lujo de *espécimens* del asiduo Borrás y del desigual Gerónimo Espinosa.

Con todo, la colección, aun por lo que respecta á los maestros valencianos, no puede por ningun estilo llamarse completa, lo cual debe atribuirse al ingenio con que los pobres frailes procuraron salvar, ó hurtar, como dirian los compradores legos, sus cuadros favoritos á la supresion de sus monasterios; y también á la ignorancia ó al fraude de la gente empleada en formar el museo, que en esta, como en otras provincias, almacenaba con frecuencia la paja y apartaba el grano. Conforme á la costumbre de la mayor parte de los museos de España, se nota también en este la falta de luz; y sería de desear se publicase un catálogo. Los viejos y permanentes dorados de muchos marcos primorosamente esculpidos, producen un bellissimo efecto sobre los muros; pero los cuadros están tan amontonados y dispuestos con tan poco cuidado, que uno ó dos grandes lienzos han sido colocados al nivel del suelo como si fueran ladrillos ó como si fuese circunstancia indispensable para su colocación formar con ellos una masa cerrada y compacta. El conservador del museo es sin embargo un artista y mucho mejor enterado en la historia del arte que lo que suele esta clase de empleados, en España sobre todo.

La gran catedral contiene algunos excelentes cuadros de Juanes, Ribera y Orrente; en el colegio de *Corpus Christi* pueden verse las obras maestras de Ribalta el mayor; y en la academia de San Carlos algunos buenos cuadros de diferentes escuelas y países.

Las colecciones públicas de España ganarian mucho en importancia si se hiciesen entre ellas algunas permutas inteligentes. El Museo nacional de Madrid debia, por ejemplo, ceder en vista de su abundancia una serie de cuadros de la escuela castellana al de Valencia en cambio de algunas de las infinitas producciones de Borrás, Espinosa y otros; mientras que los sevillanos debian adquirir en cambio de una parte de los tesoros de su escuela, ejemplares de todas las otras. La reina de España posee sesenta y dos cuadros de Rubens, cincuenta y cinco de Giordano, cincuenta y tres de Teniers, cuarenta y nueve de Breughel, veinte y siete de Tintoretto, veinte y cinco de Sneyders, veinte y dos de Van-Dyck y diez y seis de Guido. S. M. podria muy fácilmente cambiar un cuadro de cada uno de estos maestros por otros de pintores españoles de los museos nacionales, con objeto de completar la sala española de su galería, que de esta manera seria perfecta y no tendria rival.

Abandonando la península y á sus museos conventos, hallaremos fuera de ella muy pocas galerías públicas que contengan cuadros españoles bastantes en número para merecer el nombre de colección. El rey de los franceses es de todos los monarcas el que mas esfuerzos ha hecho en nuestros días para formar una colección española. Su galería española del Louvre, comprada en España por el activo baron Taylor, consta de cuatrocientos catorce cuadros; y la «colección Standish» legada á S. M. por un caballero inglés, de ciento cuarenta y cinco cuadros y doscientos catorce bocetos, dibujos de maestros españoles. En cambio la galería española de Luis Felipe dista mucho de igualar en calidad á la de Isabel II. Los catálogos, en su mayor parte exactos y excelentes en las noticias históricas, abundan en nombres de pintores célebres: en ellos se encuentran enumeradas cincuenta y dos obras de Murillo, veinte y tres de Velazquez, veinte y cinco de Cano, y nada menos que ochenta y dos de Zurbarán; y además ejemplares de casi todos los pintores de nota, desde Rincon, que retrató á Isabel la Católica, hasta Goya, que vivió en el reinado de Carlos IV.

Pero lo cierto y lo lamentable es, que las paredes del museo desmienten amargamente las promesas de los catálogos, y que una considerable porción de los cuadros atribuidos á los grandes maestros, son tan solo

(1) M. de Louville escribia á Torcy en 10 de mayo de 1701: « Cuando se estrecha á don Antonio de Ubilla para que despache las notas que recibió hace seis semanas, responde con mucha calma: en España los hombres no son pájaros. »

(2) Toledo posee en el día un museo provincial, situado en el claustro de San Juan de los Reyes, que contiene algunas obras de mérito de los pintores de aquella escuela y varias preciosas esculturas. (N. de los TT.)

(3) Estas estatuas se hallaban antes en los enterramientos de los duques de Lerma en la iglesia de San Pablo. (N. de los TT.)

meras copias ó imitaciones de discípulos ó aficionados, ó despreciables falsificaciones, rechazadas del estudio del pintor y de los lugares de venta. Sin embargo, entre la escoria brillan algunos trozos de oro puro, esparcidos acá y allá: por ejemplo: « La adoración de los pastores » y una « Vista del Escorial, » de Velazquez; « Jesucristo y san Juan en las orillas del Jordan, » la « Caridad de santo Tomás de Villanueva, » la « Virgen de la Concepción » y los « Retratos del pintor y de su madre, » de Murillo; á Zurbarán pertenecen la « Meditación del monge con un cráneo en la mano, » y á Cano algunos retratos. Algunos buenos cuadros de Murillo y de otros artistas españoles cuelgan entre las pinturas italianas de la galería larga. Los bocetos *Standardish* son también una rara é interesante colección digna de mencionarse.

La colección española del emperador de Rusia es casi igual en número y acaso superior en importancia á la del rey de los franceses. El destino ha llevado á San Petersburgo y al vasto palacio del *Hermitage* 110 cuadros de las escuelas de España, que en otro tiempo adornaron el palacio del príncipe de la Paz en el Prado de Madrid. Los regalos prodigados al favorito de la reina María Luisa están colocados con gran propiedad en los suntuosos salones donde Catalina galanteaba á sus Orloffs y Potemkins. Bajo deradas cornisas y entre columnas de pórfido de Siberia y vasos de malaquita, se hallan suspendidos muchos cuadros primorosos, originales de Juanes, Tristan, Céspedes, Mayno, Velazquez y Murillo, colocados sin orden y clasificados en el catálogo con muy poca exactitud.

En la hermosa pinacoteca de Munich, el mas propio y admirable museo de pinturas que se ha construido, las diferentes escuelas españolas están únicamente representadas por treinta cuadros; y sin embargo, es la tercera en importancia de las colecciones españolas reunidas en el extranjero. Pantoja, Cano, Zurbarán y Claudio Coello figuran allí ventajosamente, y Murillo se ofrece como pintor de costumbres populares en seis cuadros llenos de fuerza y fantasía. La parte española del catálogo bávaro está llena de errores, siendo indigna del resto de aquel perfecto libro.

La real é imperial galería del hermoso palacio de Belvedere, en Viena, que por las antiguas relaciones de España y Austria debía esperarse fuese una mina del arte español, solo posee un retrato por Sanchez Coella y unas pocas obras de Velazquez. Pero una de ellas, el cuadro de la familia del pintor, en que está representado él mismo con su esposa é hijos y algunos criados, es quizás la mejor producción de su pincel que existe fuera de España, y es digna de colocarse en el rango de las grandes composiciones que se conservan en Madrid. Esta inapreciable pintura se halla en uno de los mas ruines y peor alumbrados aposentos de aquel palacio.

La modesta y admirablemente ordenada galería de Berlín encierra algunos preciosos ejemplares de Rivera, Zurbarán y Murillo. Dresde, en donde ostentan su esplendor y dulzura las mas preciosas pinturas de los célebres maestros italianos, flamencos, holandeses y alemanes en las salas tristes y húmedas de un edificio semejante á un granero, es pobre en obras españolas. El nombre de Murillo figura, es verdad, en el incorrecto catálogo de este Museo, pero es muy dudoso que pueda hallarse en las salas de este ninguna obra de aquel maestro. Brunswick, Hesse-Cassel y Francfort, difícilmente podrán exponer una obra española, y Amberes, Bruselas y Amsterdam tampoco están mejor provistas. En el Haya, sin embargo, se hallan algunos cuadros españoles, especialmente en la galería particular del rey de Holanda, que posee algunas excelentes obras del Mudo, Velazquez y Murillo, y que franquea su palacio tan libremente como si su hermosa colección fuese una propiedad nacional.

Estokolmo, donde las pinturas se hallaban antes en tal abundancia ó tan despreciadas, que algunos hermosos cuadros del Correggio sirvieron, según Minckelman, para tapar los vidrios rotos de las reales caballerizas, posee « Dos niños pobres » de Murillo, en la tercera sala de la galería de dicho real palacio. La colección danesa en Copenhague no contiene ningún cuadro español; pero en el hermoso castillo real de Frederiksborg, cerca de Elseneur, notable, no solo como un monumento de la habilidad y talento de Íñigo Jones, sino también como una rica galería de retratos históricos, existen algunos de Felipe IV, que son, ú originales de Velazquez, ó copias admirables, sacadas por sus discípulos.

Las colecciones particulares de Inglaterra podrian, reunidas, componer una galería de cuadros españoles, que solo cedería en mérito á la de la reina de España. Pero en nuestra desgraciada colección nacional, establecida en un edificio que deshonraría al peor albañil, y descrita en un catálogo que parece haber sido compuesto por algun pregonero de almoneda, Murillo es el único de los pintores españoles que hasta ahora figura en ella. Está, sin embargo, ventajosamente representado por algunas composiciones religiosas; pero la variedad de su estilo puede apreciarse mejor en las obras suyas que de él posee el colegio de Dulwich, en el cual Velazquez brilla también con algun esplendor. Al Mediodía de los Alpes el arte español es todavía menos conocido que en el Norte de Europa. Encuéntrase comunmente á Rivera en las colecciones italianas, en las cuales se le considera como pintor napolitano. El y Velazquez son los dos únicos maestros españoles cuyos retratos pueden verse en la « sala de i Pittori » de la

galería florentina *degli uffici*. Entre las glorias del arte que penden entre las pinturas alegóricas y las mesas de preciosa *pietre-dure* en el palacio Pitti, dos Virgenes, no de gran mérito, vindican débilmente la fama de Murillo. Apenas se halla un cuadro debido al pincel español en el museo de Brera, en Milan, en la galería de la archiduquesa de Parma, en la pinacoteca de Bolognia, ni en la Academia de bellas artes de Venecia. En el Vaticano, los artistas holandeses han sido admitidos en las salas donde Rafael tiene su córte, pero no los españoles, y en el Capitolio, un buen retrato por Velazquez es el único representante de todas las escuelas españolas, como lo es otro en la real colección de Turin. Nápoles es mas afortunada que Roma: Rivera triunfa allí, no solo en las iglesias, sino en el real museo « *Degli Studi*, » donde figuran también Murillo y Velazquez; pero el último es tan poco conocido, que su excelente, aunque en sí nada notable, retrato de un cardenal, está inscrito en el catálogo como « *suo capo d'opera*. » Juanes, los Ribaltas, Cano y los mas célebres maestros españoles son tan poco conocidos en Italia como Vanderhelst ú Hogarth.

El pez con alas.

FABULA.

Cansado de vivir entre las olas
Un pez que nueva vida apetecia
Exclamaba á sus solas:
;Qué dichoso seria,
Si la grandeza de los dices suma
Por favor especial me concediera
Agiles alas de ligera pluma;
Y rápido pudiera
Dejando las regiones de la espuma,
Como el águila sube,
Vagar por las regiones de la nube!
Júpiter lo escuchaba,
Y al ver el sentimiento
Con que volar el pez ambicionaba,
Alas le dió con que cortara el viento.
Y apenas, infeliz, hubo salido
De su propio elemento,
Encontró su vigor desfallecido,
Bate las alas y al instante llega
Donde el águila sube,
Quiere ver y lo ciega
El vapor de la nube,
Se estremece, vacila,
Y muerto cae sobre la mar tranquila.

Aunque de mas se sabe
Lo justa y natural que fué la muerte
Del pez que quiso asemejarse al ave,
Ninguno está contento con su suerte.

JOSÉ SELGAS.

Fabulillas y epigramas.

Por echarla de guapo Juan Palomo
Recibió un palizon de tomo y lomo.
«Hay en el mundo entes
Que no deben echarla de valientes.»

Mariquita Cardona
Viendo pobre á su esposo le abandona;
Mas luego le cayó la lotería,
Y á su lado volvió qué simpatía!
«Hay hombres con tal suerte
Que allí do está el vivir hallan la muerte.»

Por andar un simplon mirando al cielo
Contando las estrellas,
Tropezó, resbaló, las vió en el suelo,
Y allí la suya divisó con ellas.
«Hay seres desdichados
Que nacen con la estrella de estrellados.»

Don Simplicio, que es simple por natura,
Todos los males con los simples cura.
«Médicos hay que cogen á un doliente
Y le matan así tan simplemente.»

Subiendo á un coche Pascual,
Dijo: «Cruz, 3, principal.»
Y respondió el cochero:
— Si no tira el caballero,
Yo no paso del portal.

Hay duelos y pena negra,
Pestes, silicio y ayunos;
Pero en concepto de algunos,
Lo mas malo es tener suegra.

Porque tienes un novio estás ufana;
Pero es pobre y es tonto; vive aleita,
No sea que mañana
El hambre se introduzca por la puerta
Y se escape tu amor por la ventana.

Por no saber Anton lo que es el mundo
Le entró un mal muy profundo.
«Hay en el mundo malés
Que al inexperto son siempre fatales.»

Ser docto un burro quiso,
Y en un aula se entró sin mas permiso.
Diez años consagró para estudiar,
Y se hizo doctor... en rebuznar
«En vano el que nació para jumento
Querrá hallar en las aulas el talento.»

Una niña por darse colorete
Fué el escarnio de mas de un mozalvete,
Y al ver su desnudez de hombros y codos
Fué la piedra de escándalo de todos.
«Las muchachas honradas
Ni pintadas irán, ni destapadas.»

Un cazador tenia
Una escopeta con la cual mataba
Toda la caza que matar queria;
Mas tanto la cargaba,
Que errando alguna vez la puntería,
Con la misma violencia
Del tiro, se dañaba;
Y era cosa de ver cómo rabiaba,
Y con cuánta impaciencia,
La escopeta soltando
Y el hombro dolorido retirando,
El armá maldecía
Viendo la caza que espantada huía.

Era el tal cazador incorregible,
Y una mañana que cruzaba el prado
Como en alas del céfiro invisible,
Vió correr un magnífico venado.
«Aquí te quiero» dijo
Cogiendo su escopeta;
Yo veré si está fijo
Sobre el hombro este inútil instrumento
Que cargué hasta la boca
Con el único intento
De ver si es hoy su resistencia poca.

Diciendo así, dispara;
De fuego un ancho río
Cruzó por el vacío,
Y un latigazo recibió en la cara
El cazador tenaz; de entre sus brazos
Soltó el arma homicida
Rota en varios pedazos,
Por milagro dejándole con vida.

Henchido de furor, en maldiciones
Y sordos juramentos
Prorrumpió el cazador, y á mil legiones
De diablos entregaba su escopeta,
Cuando esta; oh maravilla!
;Oh portento de todos los portentos!
Abrió su cazoleta,
Y arrojando un suspiro prolongado
Le dirigió esta plática sencilla
En son doliente, triste y resignado:
— «Voy á morir, le dijo;
Voy á morir, y mis quebrados restos
Arderán en la fragua y en la hoguera
Sin mereceros compasion siquiera.
Mas ya que con denuestos
Me abrumais en mis últimos instantes,
Pensad en los servicios que hice antes;
Mirad, señor, que un dia
Muestras os dí de alcance y puntería,
Y que vos por probarme me abrumásteis
Con mas carga de aquella que podía
Soportar mi cañon, si al reventarme
El rostro os lastimé, tened presente
Que evitarlo pudisteis fácilmente»
Dijo y calló; y el cazador corrido
Al cabo conoció su desacerto,
Por lo cual desde entonces precavido
En cargar con prudencia es mas experto.

Lector, esta conseja
Tiene su aplicacion, su moraleja:
«Si alguna vez fortuna te coloca
En alta posicion, y no se trunca,
No cargues la escopeta hasta la boca;
Del que te sirve bien no abuses nunca.»

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

Recuerdos de Taití.

(Véase el número anterior.)

Llegamos ahora á los años de 1844 y 1845. — El 17 de abril de 1844 al anochecer, despues de un día de fatigas y de peligros, los marinos y los soldados de la expedición oceánica que acababan de tomar parte en el combate contra los insurrectos taitianos á la entrada del valle de *Mahaena*, dormían en el campo de batalla no lejos de las trincheras, donde los montones de cadáveres de sus intrépidos adversarios atestiguaban que se habia cedido el terreno al cabo de una resistencia vigorosa.

Una calma perfecta habia sucedido á las violentas conmociones del día, y en toda aquella parte de la costa oriental de Taití que se extiende de las crestas del *Laianu* hasta la falda del monte *Anaput*, nada interrumpía ni turbaba el imponente silencio de la noche. Solo el ruido monótono del mar que se estrellaba sobre los arrecifes de *Atiararo*, ó el grito lastimoso del *uturoa*, que volaba hácia los escarpados peñascos del *Porionu*, tenían despierta la atención de los vigilantes.

A poca distancia del mar la fragata *l'Uranie* columpiaba su majestuosa arboladura, y á sus lados como dos monstruos marinos adormecidos cerca de su madre, se mecían el vapor *le Phaeton* y la goleta *la Clementine*. Los fanales que se cruzaban frecuentemente sobre la cubierta del *Phaeton* y en la batería de la fragata, probaban que á pesar de los trabajos del día reinaba aun la mayor actividad á bordo de esos dos buques. — Era que se apresuraban á prodigar cuidados á los heridos, y á tomar todas las disposiciones para la marcha del día siguiente, que debia tener lugar despues que se hubieran embarcado las tropas.

Mientras los soldados franceses con la impresion de indecible bienestar que causa una victoria se entregaban al descanso, bajo el cielo purísimo de ese hermoso país cuyo suelo hospitalario como sus habitantes ofrece siempre al viajero una cama de césped, una fuente y una fruta sabrosa; á poca distancia de allí, hácia el

en que todas las fisonomías manifestaban no el temor, sino una preocupacion viva y penosa, no se pronunciaba una palabra, y ni siquiera un ademán revelaba el objeto de su parada en aquel sitio deshabitado.

Nada anunciaba tampoco la proximidad de alguna aldea; ningún cercado, ningún plantío hacia adivinar la cabaña india que se oculta entre el denso follaje de los naranjos; dos ó tres viejas techumbres de hojas de plátano silvestre sostenidas por cuatro estacas vacilantes, indicaban únicamente que en otra época las jóvenes que recorren el valle para tejer adornos con la hoja perfumada del oro y el delicado tallo del *taré-taré*, se habian detenido allí; ó bien que en el día de la semana consagrada para recoger los *fei*, los *uhi* y el *mapura* de las montañas, el indio agobiado bajo el peso de una abundante cosecha, habia elevado aquellos abrigos que eran suficientes para protegerles contra los ardientes rayos del sol, ó la ligera lluvia que cubre de perlas brillantes la tornasolada hoja de los *orea*.

No se habian reunido pues aquellos hombres en sitio semejante para pasar la noche en sus esteras; en la poca prisa que se daban para prepararse un abrigo, era fácil prever que iban á reunirse en el *pa* del fondo del valle con los otros insurrectos que estaban

guarecidos allí con las mujeres, los niños y los ancianos, ó que están á punto de emprender alguna expedición peligrosa.

El silencio que reinaba entre aquella gente fué interrumpido de súbito por la llegada de un nuevo personaje vestido y armado con poca diferencia como los otros, pero cuyo aire y maneras anunciaban un hombre acostumbrado al mando. Sus cabellos peinados como los de los jóvenes (no parecia tener mas de veinte y cinco años), se hallaban cubiertos en parte bajo una



RECUERDOS DE TAITI. — ACCION DE LA MESETA DE PAPENOO (10 de mayo de 1846.)

interior del vasto valle de *Mahaena*, que despliega su inmensa verdura entre dos crestas de montañas adornadas hasta la cumbre con la mas asombrosa vegetación; al borde de un riachuelo que corre por en medio de enormes peñascos precipitados de las montañas por algun huracan, otros hombres, otros soldados, valerosos tambien, pero menos afortunados aquel día, estaban tristemente sentados en un muro de piedra que parecia haber sido construido para cerrar el valle y servir de trinchera á los habitantes de aquel lugar salvaje.

Eran estos hombres unos diez insurrectos taitianos que formaban parte de aquellas bandas engañadas que creían defender la independencia de su país y servir á su reina combatiendo contra aquellos cuya marcha vieron despues con lágrimas en los ojos.

Casi todos estaban vestidos con el *maro*, pieza de tela que se rodea al cuerpo como un cinturón, se recoge por delante, pasa por entre los muslos y llega á atarse en los riñones. Cada uno de ellos estaba armado con un fusil de munición, de fábrica inglesa, ó un trabuco; una canana completaba este traje sencillo.

Llevaban todos la cabeza descubierta; algunos, los mas jóvenes tenían los cabellos largos, separados por una raya; otros no tenían pelo mas que á los lados y por detrás de la cabeza, lo demás del cráneo estaba afeitado.

En esta reunion



INDIO AUXILIAR DISPARANDO UN PEDRERO.



INSURRECTO TAITIANO CARGADO DE VIVERES.

gorrita azul con galon de oro parecida á la que llevan los oficiales de marina; en cada uno de los anchos agujeros practicados en sus oídos llevaba fijo con una canita un ramito de yerbas olorosas impregnadas de los perfumes del *fara* y del *apape*.

A pesar de estos restos de adornos se conocía que el joven jefe había tomado una parte activa en los sucesos de aquella jornada, pues el rastrillo de su fusil estaba aun negro de pólvora y su canana vacía.

Así que se presentó, todos los rostros se volvieron á él como si quisieran interrogarle con ansiedad. — Uno de los presentes le dirigió una pregunta, á la cual se contentó con responder sacando el labio inferior, abriendo los ojos y arqueando las cejas.

De todo esto resulta una afirmación positiva para un taitiano.

Sin mas explicaciones el jefe hizo una señal á los que le rodeaban para que le siguieran, y todos se dirigieron á paso largo hácia las orillas del mar, por la orilla del rio, que despues de dar mil rodeos tiene su embocadura en el mismo sitio en que había tenido lugar el combate. A medida que se acercaban á la ribera, los indios marchaban con mas precaucion, y cuando llegaron á un punto del valle en que el rio se acerca á las montañas, de modo que solo queda un estrecho sendero entre su cauce y las rocas, el jefe mandó hacer alto y se adelantó solo durante algunos instantes para examinar la playa. Satisfecho del reconocimiento soltó un grito prolongado y agudo.

A esta señal sus compañeros se acercaron á él, y todos se pusieron en marcha nuevamente; pero esta vez con mas prudencia que antes, y como si temieran que el menor choque, el menor contacto con los objetos exteriores hiciese surgir enemigos en su derredor; dejaron el sendero, atravesaron el rio bastante ancho en ese sitio, pero poco profundo, y se deslizaron lentamente por entre los árboles, hasta que llegaron á pocos pasos de los centinelas franceses.

Entonces los indios se arrojaron al suelo y comenzaron á marchar arrastrándose por la arena movediza de la playa con sus fusiles, deteniéndose cerca de cada cadáver que encontraban y siguiendo luego, cuando un atento exámen les había convencido de que no habían hallado aun lo que parecía que estaban buscando.

Un nuevo grito parecido al que había dado la señal de reunion á la entrada del valle, però mas débil que aquel, y que solo podían interpretar oídos taitianos, se mezcló con el murmullo de la brisa en el follaje de los árboles de hierro y se perdió en el silencio. En menos de un minuto, los atrevidos exploradores del campo de batalla se reunieron cerca de la trinchera, donde algunas horas antes habian visto á sus valientes guerreros sucumbir en una lucha cuerpo á cuerpo y caer para no levantarse mas.

Entre los muertos amontonados en el foso, el joven jefe había reconocido al que buscaba. — Le mostró á sus compañeros, le contempló él tambien un instante á favor de los rayos de luna que comenzaban á alumbrar las cumbres del *Viriviriterai*; y luego alzándose de repente, sin pensar ya en el peligro que le amenazaba, se apoderó del cuerpo inanimado, le estrechó con fuerza sobre su pecho, como si hubiera temido que se le disputaran, y desapareció como una sombra entre las altas yerbas que cubren los flancos del monte *Anaput*.

El hombre que acababa de recoger así exponiendo su vi-

da aquel cadáver que en la ignorancia de nuestras costumbres temían profanar los soldados, aquel taitiano se llamaba *Murifenna*, y el cuerpo que se llevaba era el de su hermano mayor *Tariviri*, uno de los jefes mas valerosos y mas influyentes de la insurreccion taitiana. Mucho se necesitaria escribir para contar los mil epi-

sino cuando se acababan las fuerzas de los actores en aquellas reuniones tan alegres como inocentes.

Pero al otro dia el *Varua-ino*, el espíritu malo había entrado en la isla; las chozas estaban vacías, las aldeas abandonadas, la playa desierta. La poblacion entera se había refugiado en las montañas; los jóvenes hacían cartuchos con el billete amoroso que habían recibido la víspera, y los hombres salían armados para recoger penosamente por los valles las frutas que abundaban en la playa y que nadie les disputaba entonces.

¿De qué procedían aquellos cambios repentinos, aquellos terrores sin causas aparentes, á los cuales sucedían sin mas motivo dias de confianza y de calma? ¿Qué influencia tan poderosa como funesta se burlaba así de la candidez de aquella poblacion?

Esto es lo que habían de buscar los que quieran escribir un dia la historia de aquel archipiélago, consagrado á los honores de la civilizacion moderna.

P. B.



RECUERDOS DE TAITI.— LOS INDIGENAS AUXILIARES REGULARES É IRREGULARES.

sodios de aquella guerra taitiana, tan diferente de las guerras europeas, tan fértil en situaciones dramáticas, en aventuras novelescas y fantásticas, donde el espíritu supersticioso de los taitianos hizo intervenir siempre á los *varua-ino* y los *tupapao*, que es como si dijéramos los duendes. Quizá no careceria de interés el estudiar las causas de las disensiones intestinas que estallaron en aquel pais; el explicar en virtud de qué influencias contrarias cada aldea, cada familia, cada casa suministraba soldados á los dos partidos, porque este que quería la paz hacia la guerra, porque los vencedores y los vencidos encontrándose al otro dia del combate no se pedían cuenta de la sangre derramada la víspera.

De esta situación singular resultaron las anomalías mas inexplicables, los contrastes mas propios para confundir al observador que sacara sus deducciones de un número de hechos limitado.

Verbigracia, un dia había fiestas y danzas en la playa de Papeete; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos adornados, perfumados, cubiertos de flores y de follaje acudían á los sonidos irresistibles de la música militar de los franceses. — Formaban un corro sobre la yerba, pegaban á compás con las manos en el suelo, las bailarinas se lanzaban, y la *upa-upa* no concluía

países ha ocasionado tantas catástrofes. Pues á pesar de esto y de la concurrencia que han hecho en Francia á las Cajas de ahorros los tres empréstitos negociados durante la guerra con Rusia, la institucion no ha padecido gran cosa.

La Caja de ahorros de Paris se ha mantenido en su situación; se ha estancado por algun tiempo, sin duda; pero no ha retrogradado, puesto que si ha visto bajar el montante de sus depósitos desde 54 millones á que ascendían en 1854, á 49 en 1858; esta disminucion proviene del empleo en rentas, efectuado á petición de los imponentes, y acusa, no una disminucion, sino una trasformación de sus capitales.

A partir del segundo semestre de 1858, las imposiciones vuelven á tomar un movimiento ascendente, que se prolonga sin interrupcion durante los primeros meses de 1859; y si en esta época se detienen, si por el contrario, se multiplican las demandas de reembolso, consiste en que la apertura del reciente empréstito de 500 millones, ofrece un nuevo empleo á las economías que la Caja de ahorros ha preservado y que aprovechan una ocasion ventajosa.

De esta manera está cumplido el objeto que la institucion se proponia. « Cuando hace cuarenta años, dice

M. F. Delessert, se asociaban en Paris varios hombres respetables para fundar en nuestro pais la primera Caja de ahorros, creían auxiliar con este paso al crédito público. »

En efecto, estaban convencidos de que, para que el Crédito público fuese para siempre sólido é inquebrantable, era menester que estuviese cimentado sobre las mas amplias bases. En su entender, la Caja de ahorros era al mismo tiempo la escuela primaria para preparar á la economía; y el medio mas seguro de vulgarizar los fondos públicos. Decíamos que



LA DANZA TAITIANA.

el saldo de las sumas debidas á los imponentes á fines de 1858, se elevaba á 49 millones para la Caja de ahorros de París; las de los departamentos poseían en la misma época 263 millones, lo que da un total de 312 millones, que en cierto modo representa el embrión de los capitales en estado de formación, ó si se quiere, la semilla del porvenir. Para unos, este ahorro es la garantía contra la vacación forzosa; para el mayor número, es el medio de establecerse, de ser propietarios ó rentistas.

Curioso trabajo sería el que nos diese á conocer la masa de los capitales que de esta manera se han formado en las Cajas de ahorros, desde su constitución hasta nuestros días.

La Caja de París ha hecho este cálculo en la parte que la concierne. Resulta de él que ha recibido desde su origen, es decir, desde 1818, un total de 852 millones de francos de parte de 880,000 imponentes. Si á esto se añade el capital recibido por las cajas departamentales la suma sería enorme.

En la Caja de París, por 32,000 personas que han efectuado una primera imposición en 1858, ha habido cerca de 20,000, ó un 60 por 100, obreros ó artesanos. Vienen luego los sirvientes en número de 6,000, que representan menos del 20 por 100 de la cifra total. El resto se compone de empleados, de militares, de hombres que ejercen profesiones liberales, etc.

Añádase que estos datos concuerdan con los de los ejercicios anteriores. Las mismas proporciones se repiten con constante regularidad.

Los imponentes en todas las Cajas de ahorros de Francia eran á fines de 1857, 978,000, lo que relativamente á la población total del imperio, da un imponente por 36 habitantes; en 1836 el término medio no era mas que de 1 por 100; ha habido pues progreso no interrumpido.

Sin embargo, todavía hay diferencia entre Francia é Inglaterra, puesto que la última cuenta un imponente por 20 habitantes. Pero también es preciso tener en cuenta que se deben apreciar estas cifras en un sentido demasiado absoluto. El ahorro adopta en Francia formas mucho mas variadas que en Inglaterra: la división de los valores muebles en las ciudades de la primera, el pequeño comercio y las pequeñas industrias, las inscripciones de renta de 10 francos y las obligaciones de los caminos de hierro; la división de la tierra en pequeñas porciones, atrae también las economías á medida que van realizándose; resulta de aquí, que todo el dinero ahorrado no va forzosamente, como en Inglaterra, á las Cajas de precisión, y que el que ingresa en ellas permanece mucho menos tiempo. Estas diferencias deben tenerse en cuenta cuando se compara el balance de las Cajas de ahorros de ambos países.

El ramo de violetas.

Estamos en Vizcaya.

La noche, avanzando con cuidadoso silencio, apenas commueve con el soplo de sus brisas las nacientes hojas de los árboles, ó los virgenes capullos de las flores. Cualquiera la tomaría por la Armida de la antigüedad que viéndose dormido á Reinaldo, trataba de darle un casto beso, sin que este se apercibiese de su acción. ¡Vaya si la tal noche llegaba cuidadosa y acuitada!

Ya el sol no existía ni aun en las puertas del horizonte; el mar, grave, callado, azul y majestuoso, iba envolviéndose entre los pliegues de un oscuro velo, así como el amante que al salir de casa de su amada se recata el rostro con el embozo para que el rival que le espera, no se aperciba de su salida.

O bien como la mujer hermosa que acribillada por las viruelas, solo sale á la calle envuelta en un tupido manto para que sus adoradores conserven la ilusión virgen.

O como se oculta el deudor de la víctima.

O en fin, como se encubre el vicio arrependido, para ir adquiriendo á menos costa su virtud.

Imágen todo de la noche que llegaba y que cubriendo cuanto á sus pies tenía con el manto de su misterio, dejaba sumido el mundo en la mas completa oscuridad.

Peró esto importaba poco.

La noche es una amiga indiscreta por lo mismo que es tan callada, y prueba de ello la voz que de entre unos carrascales acaba de brotar, así como debió brotar la del ángel del Señor al detener el brazo de Abraham próximo á herir la cabeza de su hijo Isaac.

Esto me hace pensar seriamente en una cosa, y es: que una mujer y un bosque se parecen... en la *indiscreción*.

Oigamos si no lo que dice la voz.

Es de mujer.

— Mira, Julian, que no me quieres; que ya no bajas los zorricos conmigo y que no ves de mal ojo á la hija de la Mari Blanca, que por ser hija de quien es, no le pregunto porqué pasa la noche á la ventana tomando el fresco hasta que amanece; porqué cuida tanto de un ramo de violetas, que á fe mía bien secas y marchitas están, y porqué todos los días sube al caserío de tu padre, donde pasa las horas muertas como si nada tuviese que hacer en su casa.

— ¡Ah! María Antonia, y qué lengua equivocada estar tuya.

— Sí, sí, vénme ahora con requilorios que no han de conseguir otra cosa que hacerme llorar.

— Ojos llorar no deben, ojos que darne corason flechazo y que yo no perder quiero.

— Mira, Julian, tú no me quieres.

— No desir eso debes.

— Sí lo digo.

— No desirlo.

— Tú eres buen mozo.

— Escarricasco.

— Y por eso, todas las de los caseríos te contemplan y miman.

— Yo buen mozo no ser, y si tú burlas haser de corason mio que intensionada verte dias conmigo haser.

— ¡Ah, Julian!

— Tú, castellana, y yo viscaíno no cosas querer en corason herirle, que viscaíno apretarle el sapato saber donde.

— Tienes razon, Julian, soy castellana y harto siento, bien lo sabe Dios, no haber abierto los ojos á la luz de la vida en este hermoso pais, donde la inocencia de sus habitantes corre parejas con la virginidad de la naturaleza. Pero esto ¿qué impide que yo te quiera, que te ame, que solo piense en tí? Acabas de decirme que como vizcaíno que eres, no pasas por la idea de que nadie te hiera el corazon, no es cierto?

— Ser sierto desirlo yo.

— Bien; y ¿qué razon has tenido para ello? ¿Me has visto acaso hablar con otro? ¿querer á otro? ¿pensar en otro? ¡Ah! no: constante y firme en mi cariño, con él he vislumbrado la felicidad; con él acabaré mi existencia.

— Viscaíno ojos llorar tus cosas tienes, que viscaíno no saber lágrimas salirle tantas.

— ¡Ah, Julian de mi alma!

— ¡Ah, raaayua! ¡y qué decir mujeres cosas á hombres corason tener! Yo amarte y aborreserte no, vida mientras aliente.

— ¿Con que tanto me quieres?

— Sí, sí,

— ¿Y á Mari Blanca?

— Mari Blanca no corason mio; tú sí, corason.

— Entonces... adios, Julian; tú vas ya á tu caserío; yo bajo al pueblo, mi madre podria notar mi falta, y desdichada de mí si mi madre la notase. Mira, Julian, el dia de la Virgen de agosto me diste este ramo de violetas, que yo, como Mari Blanca, llevo siempre encima; el dia que este ramo falte de mi seno, no digas que es porque las flores han muerto ni ha muerto mi amor, no; di solo que es porque tu pobre Teresa ha muerto, que es del único modo por el cual pueden estas flores morir.

— ¡Oh! tuyo viscaíno muerte despues ser.

— Y la castellana ser siempre tuya. Luego direis que las castellanas no aman! ¡Bendito sea Dios, y de qué malos pensamientos teneis que acusaros! Adios pues, adios, y piensa en todo cuanto te amo.

— Castellana, viscaíno amar.

— ¡Cuán feliz me haces!

— Y felis haser á viscaíno.

Y el ruido de unas ligeras pisadas que camino arriba del monte se deslizaban, y los ligeros sonidos de una basquiña que en los matorrales del sendero abajo se sentían, fueron los únicos ecos que por un momento turbaron la agreste naturaleza, indiscreta depositaria de las promesas de aquellas dos almas un momento antes confundidas en la creencia de su profundo amor.

Poco despues nada se sentía por el monte abajo; los árboles estaban mudos como la estatua del Dolor; las flores no se movían; las auras jugueteaban silenciosas, y los arroyos, deslizándose tranquilamente sobre su lecho de florido musgo, parecían como querer huir de aquella majestuosa tranquilidad, para ir á prodigar sus rumores á otra naturaleza mas risueña y coquetona.

Peró no salgamos del monte; por el contrario continuemos en nuestro puesto y sigamos desde él la marcha, monte arriba, de nuestro honrado vizcaíno, que ya cerca de su caserío entona el siguiente melancólico cantar:

Las mujeres de esta tierra
Son lo mismo que sus flores;
Que ni las marchita el sol
Ni las deja ó burla el hombre.

Y la voz, cruzando de valle en valle, de monte en monte, fué á perderse en el inmenso horizonte del mar, que como manto mortuorio, á lo lejos de las montañas se extendía.

Nada despues se escuchó.

El silencio era tan solemne como el dia antes de la creacion.

Era que Julian acababa de penetrar en la casa paterna.

Ahora bien: es cosa digna de llamar la atención uno de estos caseríos del pais clásico de las buenas costumbres, porque no existiendo en parte alguna de España, justo es dedicarles dos líneas siquiera para presentarlos en un imperfecto bosquejo.

Vizcaya no tiene pueblos.

Tiene caseríos.

Estos se reducen á un número mas ó menos considerable de casas aisladas desde la hondonada de un valle hasta la cúspide de una montaña, ya al borde de un precipicio, ya al pie de un torrente, que la hace aparecer una napea mirándose en el terso cristal de las aguas, ora entre un gigante grupo de encinas y corpulentos álamos, ora en la cima de una florida meseta, cuyo panorama, visto por la vez primera, hace el efecto mas mágico y sorprendente que puede imaginarse.

De dia, y apenas el alba sonrie en el puro horizonte, la campana de la iglesia, sita en medio del bosque y por cima de cuyo frondoso ramaje eleva su blanca cú-

pula, como implorando las bendiciones del cielo para sus felices moradores, los caseríos se ponen en commoción.

El hijo se despide de la familia hasta la noche; se va al monte por leña; la madre sale al campo; las hijas quedan en la labor, y el abuelo, verdadero Abraham de aquella venturosa familia, sale bajo el emparrado que cubre la entrada de la casa á dar gracias al Señor, despues de lo cual, ya con una media en la temblorosa mano, ya con un libro, enseña á sus pequeños nietos los primeros rudimentos de la educación, inculcando en sus almas las santas máximas de la virtud y el respeto á Dios, únicos faros que pueden en la niñez detener los impetuosos impulsos que mas tarde han de desarrollar en la juventud.

Hé aquí pues, el sitio donde nuestro jóven acaba de poner su planta.

La familia le aguardaba ya.

El jóven se acerca á besar la mano á su abuelo y á su padre.

Para su madre y hermanas abre los brazos.

Para sus sobrinos tiene los besos de su cariño.

— Mucho has tardado, hijo mio, le dice su padre.

— ¡Y con qué cuidado nos tenias! le replica su madre.

— ¡Vaya! ¡vaya! dice una de las hermanas; eso ha sido que quizá Mari Blanca...

— Padre, ¿concederme favor quiere? dice Julian interrumpiendo á su hermana.

— Sí, hijo mio, sí; pero antes deseo que me escuches.

— Hablar Vd., padre.

— Pues oye. Hace tiempo veíamos con placer toda la familia crecer á tu lado una jóven cuya virtud y bellas prendas eran y son citadas como modelo en todo el valle.

Era s los dos muy niños: así que, sin comprenderlo quizás, ibais pasando vuestra existencia adquiriendo los santos vínculos de una amistad consagrada desde la infancia, y los cuales nosotros pensábamos afirmar con una union bendecida, el dia en que ambos tuviésteis la edad para ello.

Peró esta edad llegó; y entonces, tú rompiendo ó por lo menos desatando esos lazos, no buscaste ya á la compañera de tu infancia, á la jóven con quien compartias pesares y placeres, dichas y dolores; los árboles del bosque no resonaron ya con vuestros cantares, ni las flores del campo se estremecieron bajo la presión de vuestros alientos; tú salias del caserío solo y sin ella; solo y sin ella volvias al caserío; ni siquiera las campanas te agitaron el corazon como en el tiempo en que al despertarte exclamabas: «¡Dios mio, vida para mis padres y felicidades para ella!»

— ¡Padre, padre mio!

— Concluyo, Julian. Esa mujer se llamaba Mari Blanca; ¿porqué la has abandonado?

— ¿Yo abandonarla? no: corason amiga infansia ser.

— Nuestro objeto era casaros á ambos; sin embargo, un mes hace no la ves ni pareces siquiera por su caserío: ¿qué te pasa, Julian? ¿qué te pasa?

— No á mí nada pasar; yo... querer... yo...

— Pues bien, mira.

Nuestro jóven se volvió.

Una mujer pálida, hermosa, melancólica, espiritual, yacia arrodillada á sus espaldas; parecia el ángel del perdón, pidiéndolo para el que acaba de ofenderle.

Julian se quedó estático. Era Mari Blanca.

Mari Blanca se levantó.

La jóven llevaba en su mano un ramo de violetas marchitas.

— Julian, hasta hoy habia fiado en tí; habia esperado, te habia creído. De nada tienes culpa, es verdad, de nada; pero ¡qué quieres! yo te amaba; tu amor era la única felicidad de mi vida. Nacidos en un mismo dia, nuestras almas fueron fundidas por Dios en el mismo erisol; crecidos juntos, nada en el cielo ni en la naturaleza podia haber que no nos fuese comun; de aquí el que acostumbrada á jugar contigo, á reir contigo, á llorar contigo, mi vida se apegase tanto á la tuya, mis placeres á los tuyos, mis dolores á tus dolores, que pasar un minuto sin verte, un dia sin compartir el mismo sol, una noche sin disfrutar la misma sombra, me hubiera sido tan difícil, como al águila volar rastreando el suelo, al mar variar de curso, ó á las flores no despedir la fragancia de sus amores. ¡Cómo pues poder olvidarte, acostumbrarme á no verte, componiendo tu cariño la media vida de mi pobre corazon! Hé aquí ahora tu ramo; puro me lo diste, puro te lo devuelvo.

Y la jóven se enjugó una lágrima... y sus labios quedaron cerrados.

Julian caida la cabeza sobre el pecho, parecia la estatua del Silencio; las hermanas sollozaban; la madre no sonreía; y el padre callaba en medio de tal solemnidad.

¿Qué hacer pues?

Un ruido seco, raro y tumultuoso, como de una persona que se desliza á través de hojas secas y jarales, se dejó percibir.

Peró nadie se movió: solo Julian fué el único que volvió la cabeza.

Una sombra, mejor dicho, un jóven se presentó en la puerta é hizo una seña. Julian se lanzó á él.

El jóven hablo breves momentos con Julian, se separó de él y se apartó de la vista.

Julian entonces, volviendo el brazo rápidamente hacia el interior, cogió una escopeta que allí habia, se la echó al hombro y partió como una exhalacion.

La familia temió por su vida y se puso á orar.

Apenas Julian hubo salido, el otro jóven se le puso al lado.

— Conque... desir... es...
 — Nada, Julian, que te ha engañado.
 Julian rugió como un tigre cogido en un lazo.
 Momentos despues los dos se detenian en la entrada de una calle del pueblo: un sordo rumor salia de una ventana inmediata.
 — Escucha, Julian, escucha lo que le dice.
 — No, estás engañado; ni le quiero ni le querré nunca. Es un jóven tan brusco, tan poco amante, tan salvaje, que todo me sería mas fácil en el mundo que el llegar á quererle.
 Julian montó el gatillo de la escopeta.
 — Pues entonces, ¿porqué hablas con él?
 — ¡Toma! porque es el mejor modo que he hallado para que mi madre me deje en paz, para quererte con toda mi alma.
 Julian se llevó la culata al hombro derecho y apuntó en direccion del sitio donde salia la voz.
 — Entonces, quiero una prueba de tu cariño.
 — Pide.
 — Ese ramo de violetas que él te dió.
 — Ahí va.
 Sonó un tiro.
 Un grito le siguió: un momento despues todo estaba en silencio.

— Julian, ¿qué has hecho?
 Julian no respondió; se habia lanzado al pié de la ventana, donde apoderado del ramo de violetas, volvió al lado de su amigo.
 — ¿Qué? ¿le has muerto?
 — No: ni herirle.
 Y echándose la escopeta al hombro, tomó, despues de apretar la mano á su fiel amigo, la senda que á su casa conducia.

Cuando llegó, la ansiedad fué cruel.
 Entences, arrojándose á los piés de su pobre amiga, la pidió conservase aquel ramo de violetas que acababa de darle la felicidad, y sirviese siempre su recuerdo de égida á su virtud.

Y acto continuo relató el suceso.
 Mari Blanca se arrojó en sus brazos, la familia sollozó de placer, y á los ocho dias el pueblo entero acudia á festejar á los nuevos esposos, mientras se relataba la desaparicion de la familia castellana de aquel honrado valle, símbolo hoy dia de la felicidad en la tierra.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

NAVEGACION SUBMARINA: — Hé aquí cómo refiere un periódico de Barcelona la prueba verificada por medio del barco llamado *Ictineo*.

« Hoy á las nueve y media de la mañana se ha verificado en las aguas de este puerto, una de las pruebas de navegacion submarina por medio del barco llamado *Ictineo*, invencion del señor don Narciso Monturiol. A pesar de hallarse invitados solamente los señores accionistas, autoridades de marina y señores redactores de los periódicos de esta capital, una numerosa concurrencia ocupaba el anden del puerto, y el vapor *Remolcador* así como un sin fin de botes y lanchones, estaban llenos de gentes de todas clases, ansiosas de presenciar el espectáculo.

» Colocado el *Ictineo* á unos cien metros de la punta del Muelle viejo, el señor Monturiol, con cuatro individuos mas, se han encerrado herméticamente en él, y tomando la cantidad de lastre suficiente, se ha sumergido el barco con toda seguridad, pero lentamente. En la popa y proa del barco llevaba un palo de siete metros de longitud, con objeto de señalar los movimientos de descenso, ascenso y direccion del mismo. El primer movimiento ha sido de descenso vertical, bajando á la profundidad de diez metros, en cuya posicion ha permanecido doce minutos. Despues, en el espacio de la mitad de este tiempo, ha subido y bajado tres veces consecutivas, sin presentar á la superficie ó flor de agua mas que la espina del pez. En seguida, virando hácia el S-S-O., ha andado entre dos aguas y en diferentes alturas, como unos cien metros en el espacio de seis minutos. Siguiendo rumbo al S., adelantó como unos cuatrocientos metros, ascendiendo y descendiendo tambien varias veces, y virando redondo al N., ha navegado en línea recta como unos quinientos metros. Despues de otros movimientos en varias direcciones, ha ascendido definitivamente á la superficie, y descargando lastre hemos visto aparecer al señor Monturiol y demás sugetos á las doce menos diez minutos en punto, sin observar en ellos el menor sintoma de malestar.

» El *Ictineo* ha permanecido dos horas y veinte minutos en completa comunicacion con nuestra atmósfera.

» Clandel, apoyándose en Dumas y Seguin, prueba que un individuo vacia en el espacio de una hora seis metros cúbicos de aire. La capacidad del *Ictineo* es de siete metros cúbicos de aire. La capacidad del *Ictineo* es de siete metros cúbicos de aire. La capacidad del *Ictineo* es de siete metros cúbicos de aire. Partiendo de estos datos, cinco individuos, que eran los que lo ocupaban, debian tener aire natural solamente por el término de catorce minutos. El barco ha permanecido 140 minutos sumergido, es decir, diez veces mas de lo que, segun los experimentos de los mas autorizados físicos, podian vivir cinco hombres privados del aire atmosférico.

» El señor Monturiol ha inventado un aparato, por medio del cual produce una corriente de aire purificado, eminentemente respirable: consta de 79 partes de azoe y 21 de oxígeno; el ácido carbónico y los vapores de agua que los hombres producen por medio de la respiracion y traspiracion, quedan fijados en el purificador. El oxígeno que han proporcionado para producir los vapores de agua y el ácido carbónico; es

devuelto á la atmósfera del *Ictineo* por medio de un ventilador que le agita continuamente: por manera, que la estancia debajo del agua depende casi exclusivamente de la cantidad de oxígeno que llevan almacenado.

» En cuanto á los aparatos de locomocion, purificacion y los de mayor ó menor densidad del *Ictineo*, partiendo del peso específico del agua del mar, son tan sencillos, que permiten al inventor ocuparse de todos ellos, al mismo tiempo que escribir en su cuaderno de observaciones.

» El señor Monturiol ha verificado en su *Ictineo* veinte y un descensos ó experiencias debajo del agua; y á pesar de los resultados que ha podido hoy presentar á los concurrentes, todavia espera dar mayores proporciones á su invento, como lo demostrará en la Memoria que está escribiendo.

— MAQUINA DE TRASPORTES: — En Bichexhead, dice la *Patricie*, acaba de ensayarse una máquina de vapor destinada á reemplazar los caballos de tiro. Suspendida sobre tres muelles flexibles, rueda fácilmente sobre los caminos menos llanos. Los gastos del combustible solo ascienden á cuatro peniques por hora, la celeridad es de dos millas y media. Resulta pues una gran economia sobre la aplicacion de caballos que pueden emplearse con ventaja en la agricultura y en las remontas de caballeria. Otro progreso ó descubrimiento científico acaba de hacerse, y es cosa que interesa á todas las marinas; tal es el descubrimiento de que la rapidez de los buques de vapor no está en razon directa del poder de la fuerza motriz. Ha sido tambien satisfactorio el resultado de los experimentos hechos en varios buques, y especialmente en el *Vectis*, cuya fuerza de 400 caballos, reducida á 250, ha dado con la aplicacion del nuevo sistema un aumento de rapidez. Se cree encontrar la explicacion de esta anomalia científica en la suma vibracion dada al buque por una gran fuerza, y que de esta suerte retarda su marcha.

— TRISTES RESULTADOS DE LOS MATRIMONIOS ENTRE PARIENTES: — De unos interesantes estudios que ha hecho el doctor Bemis de Kentuchy, sobre las consecuencias de los enlaces matrimoniales entre consanguíneos, resulta:

Que el diez por ciento de los sordo-mudos, — el cinco por ciento de ciegos, y cerca del quince por ciento de los idiotas acogidos en los diversos establecimientos hospitalarios de los Estados Unidos, son el fruto de matrimonios entre dos primos en primer grado.

De 757 matrimonios entre primos hermanos, 256 habian dado sordo-mudos, ciegos ó idiotas.

De otros 483 matrimonios entre primos en primer grado, 151 tuvieron una prole enclenque y enfermiza. — Muchos de estos matrimonios fueron infecundos.

Estos hechos son muy elocuentes; y en su virtud varios Estados de la Union, entre ellos el de Kentuchy, han adoptado recientemente una ley que prohíbe de una manera absoluta los casamientos entre primos hermanos.

— CUADRO DEL COMERCIO DE FRANCIA EN 1858: — La administracion de las aduanas francesas acaba de publicar el « Cuadro general del comercio exterior de Francia en 1858. » La crisis universal que ha pesado sobre el comercio en Europa y América durante este año tan calamitoso, da á este documento un interés especial. El movimiento mercantil expresado en valores actuales, ha bajado en 603 millones de francos comparativamente á 1857, por haber bajado los valores mismos de las mercancías por efecto de la crisis. Los valores actuales expresan, en efecto, los valores mas bien que las masas. La generalidad de las importaciones y exportaciones expresadas en valores oficiales, no ha disminuido mas que en 116 millones de francos ó en 3 por 100. Resulta que el comercio francés ha operado en 1858 sobre las mismas masas de mercancías, poco mas ó menos, que en 1857.

En el comercio especial, que no comprende mas que las importaciones que han entrado en el consumo exterior y las exportaciones que proceden del suelo é industria nacionales, la reduccion expresada en valores actuales es mucho menor. Mientras que para el comercio general sube á 603 millones de francos, para el comercio especial solo es de 287, lo que prueba que la pérdida que ha resultado de la baja del curso de las mercancías, ha recaido en su mayor parte en los negocios de tránsito y de reexpedicion, es decir, en los negocios en que el comercio nacional interviene solo de una manera subdirecta. Las importaciones han disminuido y las exportaciones han aumentado. Sin embargo, Francia ha importado mayor cantidad de hulla, de algodón bruto, de seda en rama, etc. La disminucion ha recaido principalmente en los artículos que la insuficiencia de la cosecha habia obligado en los años anteriores á pedir al extranjero. Así es que solo se han importado en 1858 46 millones de francos de cereales, en vez de 88 que se importaron en 1857, y 11 millones de vinos y aguardientes en vez de 86 millones. El aumento de las exportaciones, que de otro modo no podria explicarse en un año de crisis, proviene de la misma causa. Solo en cereales y en productos vinícolas, los envios al extranjero han aumentado en 137 millones de francos. Las exportaciones en productos fabricados no podian ser tan prósperas; pero si han bajado en valor, no han bajado notablemente en cantidad. De aquí se puede deducir, que si ha habido en este año desanimacion industrial y padecimientos, no ha habido, al menos en gran escala, interrupcion de empresas y suspension de trabajo.

— EL COMERCIO INGLÉS EN 1857 Y 1858, SEGUN EL INFORME CONCERNIENTE Á LAS ADUANAS: — El informe de las aduanas inglesas que acaba de presentarse al Parlamento, ofrece este año un interés especial. El cuadro de las importaciones y exportaciones que contiene, nos retrotrae á la crisis de 1857, que comienza en la primera parte de este mismo año, cuando el comercio se hallaba en gran actividad, por no decir excitacion, y que acaba con el año 1858, época en que todas las huellas de este período de pruebas habian ya desaparecido. Nunca se habia visto al mundo mercantil mas repentinamente sorprendido, ni mas rápidamente tranquilizado.

Los acontecimientos de los dos últimos años hacen resaltar de una manera muy viva la benéfica influencia que una com-

pleta libertad produce sobre la energía y el espíritu mercantil de una nacion.

Un periódico que citamos con placer, el *Economist*, resume de este modo las enseñanzas económicas que contienen los documentos oficiales recientemente publicados:

« La comparacion del comercio de 1857 con el de 1858, es mas fácil cuando se divide el año en trimestres, en los cuales se manifiestan los efectos de la crisis con plena evidencia. El valor total de las exportaciones de 1857, á pesar de la rápida disminucion del último trimestre, no se ha elevado á menos de 122.066,107 libras esterlinas, y excede en mas de 7 millones á la cifra de 1858; en este año baja á la suma de 116.608,941 libras. El siguiente cuadro hace ver que esta disminucion debe ser imputada únicamente á los efectos de la crisis durante la primera parte del año, y que antes de terminarse, se habia verificado una reaccion completa.

Exportacion de productos ingleses.

	1857	1858
Primer trim.	28.827,493	23.510,290 lib. est.
Segundo id.	31.998,888	29.957,514
Tercer id.	34.820,081	32.842,525
Cuarto id.	26.419,645	30.298,582

» El exámen de estos diversos períodos demuestra que el comercio de exportacion se ha elevado á su maximum en el tercer trimestre de 1857, en el que alcanzó la suma de 34.820,081 libras esterlinas, y que bajo el influjo de la crisis, descendió durante el último trimestre del mismo año á 26.419,645 libras esterlinas, diferencia de mas de ocho millones; pero la disminucion mas fuerte parece haber afectado al primer trimestre de 1858, cuya suma se redujo á 23.510,290 libras. Estos son los dos trimestres en los cuales ha obrado con mas fuerza la crisis. Pero la mejora fué tan pronta que en el segundo trimestre de 1858, las exportaciones se elevaban á 29.957,514 libras, en el tercero á 32.842,525 libras, y á 30.298,582 en el último, en vez de 26.410,619 libras en 1857. Si tenemos en cuenta la baja general de los precios en 1858 con relacion á los de los tres primeros trimestres de 1857, se verá que la cantidad real de las exportaciones de 1858 igualaba completamente á la de 1857, aun cuando fuesen inferiores en 5 por 100 relativamente al valor total. Nuestra opinion está confirmada por el hecho, que el valor oficial (que estando calculado á un tipo uniforme, es por consiguiente la mejor muestra de la cantidad) era mayor en 1858 que durante ningun otro año. En este mismo año no bajaba de 271.654,822 libras en vez de 255.396,713 en 1857, cuando el valor real era de cerca de seis millones mas. Es imposible suministrar pruebas mas fuertes de la reduccion de los precios de un año relativamente á otro.

» La misma observacion se aplica al comercio de importacion. La cantidad total de productos de todas clases importados en 1858, ha sido mas considerable que en ninguno de los años anteriores. Valuándolos por la medida uniforme de los valores oficiales, el total era de cerca de 138.159,144 libras en vez de 136.215,849 en 1857, y de 117.284,881 libras en 1855. Los principales artículos que han dado lugar á grandes aumentos de importacion eran: el azúcar, café, algodón, harina y tabaco, mientras que los únicos artículos que han sufrido una reduccion considerable, eran: la seda en bruto y el vino.

» Pero aunque la suma total de nuestras importaciones haya aumentado de este modo, su valor real habia bajado desde 187.844,441 libras en 1857, á 163.795,803 libras en 1858, diferencia de 24.048,638 libras, ó mas de 13 por 100. Este hecho nos suministra la mejor explicacion de las quejas elevadas el año último por gran número de personas contra las pérdidas que sufría el comercio de importacion, pues mientras que este tráfico, calculado en cantidad, aumentaba en mas de dos millones, su valor real disminuía en mas de veinte y cuatro. Como era de esperar del aumento del acopio de los principales artículos de consumo, á precios tan bajos como los que acusaban los informes oficiales, las cantidades de los productos importados entregados al consumo, fueron mucho mayores que en ningun otro año. El consumo en 1858 ha aventajado al de 1857, respecto del azúcar en 20 por 100, del té en 12 por 100, y del tabaco en 4 por 100. Pero el indicador mas fidedigno de la cantidad total de los productos extranjeros entregados al consumo, cuando no se han hecho alteraciones radicadas en la tarifa, es la suma de los derechos percibidos. Y el aumento de estos derechos en 1858, ha sido de 1.199,481 libras con relacion á 1857, habiendo sido las cifras de estos dos años 22.956,371 libras y 24.155,852 libras. Hé aquí un notable ejemplo del beneficio que resulta para el tesoro público y para el consumidor de acopios muy abundantes á precios moderados.

» Comparado con el año último, el comercio del año corriente progresa de una manera muy satisfactoria. Conviene, sin embargo, no perder de vista que la comparacion versa sobre la porcion de 1858, que mas fuertemente ha sufrido la influencia de la crisis, y que apreciando esta influencia en seis millones, el aumento real se halla reducido á tres millones y medio. Los cuadros relativos á las importaciones llegan solo al mes de mayo, y por consiguiente no comprenden mas que cinco meses. El valor real demuestra que ha habido un aumento ligero en las importaciones con relacion al año último, pero considerable respecto de 1857. Comparados estos períodos nos suministran para 1857, 53.125,000 libras; para 1858, 44.428,000 libras, y para 1859, 45.155,941 libras. Continúan llegando grandes abastecimientos, los precios en general continúan siendo muy moderados, y si se trata de que hay menos pérdidas que hace un año, consiste en que los precios del exterior han sido reducidos á buena cuenta con relacion á los del interior. Así, por lo que se puede juzgar por los datos conocidos, el país goza de las ventajas de un comercio que aumenta rápidamente, mientras que los acopios de mercancías extranjeras son bastante considerables para mantener el precio á un tipo moderado.»

Incendio del palacio del Luxemburgo.



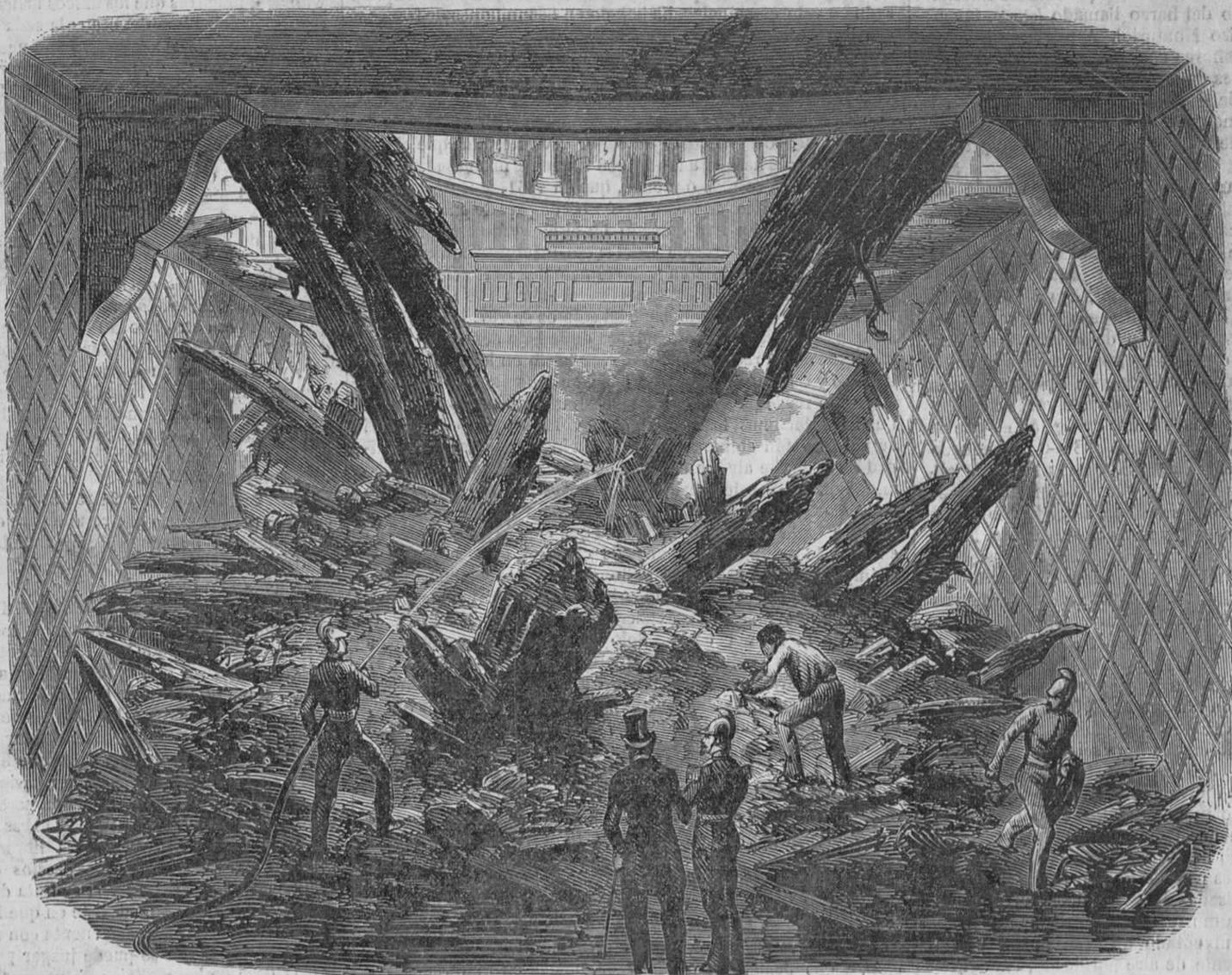
INCENDIO DEL SENADO. — EL SALON DE SESIONES DESPUES DE HABERSE HUNDIDO LA CÚPULA DE CRISTALES

El 28 de octubre á las dos de la mañana, se declaró un incendio en el palacio del Luxemburgo, que comenzó en la cúpula que domina el salon de sesiones del Senado. Al primer grito de alarma acudieron los socorros; pero el fuego, que ya se habia extendido bastante para llegar á la armazon de la cúpula, hacia rápidos progresos por la techumbre del palacio.

En breve cayeron restos encendidos por la abertura superior del salon de sesiones, y prendieron fuego al entarimado que se inflamó con la velocidad del relámpago.

Sin embargo, los socorros se organizaban; pero los trabajadores tenian á su disposicion poca agua, hasta que llegaron los hombres que se habian mandado á traerla.

La techumbre



LOS RESTOS DE LA CÚPULA DESPUES DE SU HUNDIMIENTO EN EL SUELO DEL SALON DE SESIONES.

del salon de sesiones no tardó en hundirse, y varios trabajadores quedaron heridos.

El incendio pudo cortarse á las siete de la mañana; y estuvieron constantemente en el teatro del desastre el general Soumain, el general marqués de Hautpoul, el mariscal Randon, ministro de la Guerra, y el prefecto de policia.

Se atribuye la causa del fuego á un calorifero cuyo tubo pasa por la techumbre del salon de sesiones.

Sin embargo, han podido salvarse las hermosas pinturas que adornan las paredes del salon, así como las estatuas.

Habia corrido la noticia de que habia llegado el fuego á la biblioteca y á los archivos; pero felizmente no hay que deplorar esta desgracia, que habria sido irreparable.

X.